

BOLSILIBROS BRUJERA
**PUNTO
ROJO**

todas las puertas del infierno

SILVER KANE



COLECCION

PUNTO ROJO



SILVER KANE

TODAS LAS PUERTAS DEL INFIERNO

Colección PUNTO ROJO n.º 743
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 22.313-1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: julio, 1976

© Silver Kane - 1976

Editorial Bruguera, S. A. Barcelona (España)
texto

© Enrique Martín - 1976

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Pareta del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1976

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre que salió de la sucursal urbana que tiene en el Bowery la Manhattan Chase, no parecía, desde luego, un millonario ni el cobrador de algún sitio de postín. Por el contrario, nadie le hubiera supuesto en aquel momento un capital de más allá de cincuenta dólares.

Iba vestido con un mono gris de operario y llevaba la caja típica de los fontaneros: un recipiente metálico donde se oía el sonido de las herramientas al entrechocar unas con otras. Con la gorra echada sobre los ojos y aspecto distraído, abandonó el edificio, mientras decía al guardián de la puerta:

—Me parece que la avería está arreglada. Creo que no tendré que volver.

Cruzó la calle aburridamente, miró las posaderas de una negraza que se cruzaba con él y se metió en una cabina telefónica.

La cabina estaba situada junto a un quiosco de periódicos, esos miserables chamizos color verde donde se despacha la prensa de Nueva York, y que constituyen una incongruencia en una de las ciudades mejor informadas del mundo. A través de los cristales podía ver perfectamente una de las páginas del *New York Times*, que estaba colgado de la parte superior del quiosco. Los titulares poco llamativos —pues ese periódico quiere ser moderado— trataban de algo que, sin embargo, estaba conmoviendo profundamente, desde la semana anterior, a todos los estamentos de la ciudad. Aquellos titulares decían:

«Sin rastro de los atracadores de la compañía Paniker. Los hombres que asesinaron a dos guardianes, parecen haberse esfumado para siempre. Sólo se sabe que uno de ellos es Billy *Cara Quemada*, pero la policía ha perdido su pista».

El hombre que vestía el mono gris dejó con cuidado su caja de fontanero en el interior de la cabina y disco un número del mismo Manhattan. Como si estuviera esperando aquella llamada, una voz femenina contestó al instante:

—James...

—Ya lo tengo, Jessica.

—¿Todo?

—Sí. Dos millones.

Se oyó un silbido al otro lado del cable.

—Nunca he visto junta esa cantidad, James.

—Ahora la verás. Es cuestión de diez minutos. Tenlo preparado todo. Las ropas, el coche, las maletas... En fin, todo.

—No te preocupes, James. Está dispuesto.

—¿Y la avioneta? ¿La has contratado?

—Sí. Nos va a llevar al Canadá en menos de cuatro horas, por encima del mar. Cuando se dé la alarma, tú y yo, ya estaremos bien lejos.

—¿Es de absoluta confianza el piloto?

—De absoluta confianza, James. Además, él no sospecha nada. Supone que somos una pareja de amantes que ponemos tierra de por medio para dejar tú a tu mujer y yo a mi marido. Una vez nos deposite en tierra, además, perderá por completo nuestra pista, de modo que no hay peligro.

—¿Qué has dicho, Jessica?

—Que no hay peligro. ¿Es que no me oyes bien?

—Me pasa lo mismo que antes. Este maldito cacharro que me puso el médico no sirve de nada. Yo diría que oigo peor.

Y el *fontanero* se tocó el audífono que llevaba aplicado al pabellón de su oreja izquierda, y que un médico le había colocado sólo el día anterior. Verdaderamente, él era un poco sordo, pero ahora esa sordera parecía haber aumentado en lugar de disminuir.

La voz de Jessica llegó entonces con más claridad hasta él.

—Lo que te decía es que por el lado del piloto no hay peligro. Todo está perfectamente preparado y no puede fallar. ¿Cuánto vas a tardar?

—Diez minutos.

—¿Todo ha ido bien?

—Perfecto.

—Te espero, James... Esta noche ya dormiremos en el Canadá. Dormiremos los dos juntos, toda la noche y sin sobresaltos, James. Toda la noche...

El se pasó la lengua por los labios, que se le habían quedado secos.

—Sí —dijo lentamente, como en una oración—. Toda la noche.

Y colgó.

Un momento después, aquel hombre de quien nadie hubiera podido sospechar que llevase encima dos millones de dólares hizo otra llamada. Esta vez no le contestó la voz pastosa de una mujer, sino la voz ligeramente ansiosa de un hombre.

—¿James? —preguntó, también.

—Sí, señor Paniker.

—¿Todo ha ido bien?

—Perfecto, señor Paniker. Tengo los dos millones, es decir, todo el importe de la nómina del personal.

—¡Santo Dios! Tiene usted el ascenso asegurado, James. Su idea fue genial. Si esto llega a fallarnos, no sé qué hubiese ocurrido con la compañía. No me habría quedado más remedio que lanzarme desde lo más alto del Empire State. Después de los dos atracos, usted sabe que estamos secos.

—No hay problema, señor Paniker. Todo podrá ser pagado normalmente, mañana por la mañana. Las preocupaciones han terminado.

—No lo olvidaré, James, ni lo del ascenso tampoco. Gracias.

Y la comunicación fue cortada.

James salió de la cabina, consultó su reloj y vio que eran las cuatro y cuarto de la tarde. Le quedaban por delante dos horas, aparte un margen de media hora más que sería lo que Paniker iba a necesitar para empezar a extrañarse de su tardanza. En dos horas y media, ya estaría volando en dirección al Canadá, fuera de las aguas jurisdiccionales de los Estados Unidos.

Al otro lado de la calle, estaba aparcada la furgoneta. Un guardia empezaba a mirarla recelosamente porque el aparcamiento no acababa de ser correcto. Se disponía a anotar los datos para la multa, partiendo del rótulo que ostentaba el vehículo:

«Talleres de fontanería Reynolds. Servicio rápido»

Ni aquél era un servicio rápido ni los talleres de fontanería Reynolds existían, por lo que James se apresuró a decir al guardia que abonaría la multa al contado, antes de que hiciese un parte. El guardia, al fin, pareció pensar que no era más que un simple obrero y le perdonó. Así daba gusto.

James salió a poca velocidad y vigilando escrupulosamente el tráfico. El único fallo que no podía permitirse ahora era tener un accidente, de modo que sus precauciones fueron máximas. Ascendió por la Tercera Avenida hasta las inmediaciones de Central Park y allí giró hacia la Quinta. Mientras tanto, iba observando por el retrovisor si alguien seguía a la furgoneta.

Pero podía sentirse satisfecho.

Nadie venía tras él.

Pensó: «Tranquilo, muchacho, tranquilo...»

Puso la radio a la hora del boletín de noticias. Prestó escasa atención, hasta escuchar la única cosa que le afectaba: un relato de las investigaciones que estaba efectuando la policía para tratar de capturar a los autores de los dos atracos a la nómina de la empresa Paniker.

La historia ya la conocía James. Por supuesto que la conocía, aunque él no hubiera participado en ninguno de los atracos y aunque supiera que no tendría fuerzas para participar jamás en un acto violento. Un hombre enfermizo como él, con los cuarenta ya cumplidos, algo sordo, no demasiado alto, casi calvo y con el pecho hundido, ¿cómo iba a meterse en líos de *bala va, bala viene*? Sin embargo, conocía los detalles de aquellos atracos como si los hubiese realizado él mismo.

Primera semana: dos hombres, los habituales de la compañía, van a cobrar al Banco de costumbre parte de la nómina, consistente en medio millón. Tres tipos les esperan, les tirotean, matan a uno de ellos y se llevan el dinero. La ciudad entera se conmueve, se vuelve a hablar del restablecimiento de la pena de muerte, la policía jura que extremará las medidas de seguridad, como hace siempre, y aquí no ha pasado nada.

Segunda semana: la Compañía Paniker tiene que hacer unos pagos y para eso retira fondos del Banco, pero pide que le sean pagados en una sucursal, con la que no ha trabajado nunca. Envía también a dos hombres que no son los habituales, en un intento

muy bien planeado de despistar a cualquier atracador que esté sobre la pista. Pero el suceso de la semana anterior se repite: nuevo tiroteo, otro hombre muerto y dinero que desaparece. La policía pone el grito en el cielo y se habla de destituciones fulminantes, y la campaña de Prensa arrecia, pero al fin se sabe algo, al fin se tiene una pista: uno de los atracadores es Billy *Cara Quemada*, llamado así porque de niño sufrió quemaduras en parte del rostro. Fugitivo de un penal de Kansas, Billy era ya uno de los hombres más buscados de los Estados Unidos, de modo que con esta última hazaña, sólo falta que se ponga a seguir su pista el propio presidente Ford.

James consultó su reloj. Habían transcurrido doce minutos desde que telefoneó a Jessica. Se estaba retrasando.

Enfiló ya en línea recta hacia el sitio en que le aguardaba la muchacha y trató de concentrar sus pensamientos, pero no podía olvidar lo que acababa de oír. No podía evitar que algo, un sentimiento nuevo, una sensación deliciosamente honda le hiciera circular la sangre más aprisa. Lo que Billy *Cara Quemada* había estado lejos de conseguir en dos veces, y encima matando gente, lo acababa de conseguir él con sólo unos pocos movimientos y sin tener que dar ni un pisotón a nadie. Dos millones de dólares, mucho más que lo que aquellos desgraciados a los que jamás vería podían conseguir en cinco años de jugarse la piel.

Mientras se colocaba a la derecha para girar, pensó en lo fáciles que habían sido las cosas. Pensó en lo pronto que un hombre puede cambiar, si le acompaña la suerte. Pensó que incluso un tipo como él —insignificante, con un sueldo bajo y casado con una mujer gruñona— puede convertirse de la noche a la mañana en un millonario que emprenda una nueva vida con una arrebatadora mujer. No hay que perder las esperanzas nunca.

Durante seis meses había estado intentando mirar las piernas de Jessica, la nueva auxiliar de caja que había entrado a trabajar en la Paniker. Jessica se sentaba en su misma sección y era el ejemplo perfecto de mujer recatada, seria, consecuente, ordenada, pulcra. A diferencia de la mujer de James, que a veces arrastraba las bragas por el suelo, Jessica era la pulcritud personificada. Además, llevaba ropa interior fina, según pudo comprobar un par de veces James, mientras los ojos se le salían de las órbitas. Y eso que la Dirección,

sabiendo lo bonita que Jessica era, había hecho colocar un plafón delante de su mesa, para que nadie viera las piernas de la muchacha.

Todos tenemos mujeres en las estrellas, mujeres a las que sabemos que nunca vamos a alcanzar, y Jessica era una de ellas para el modesto jefe tercero de contabilidad, cuyo sueldo apenas le había permitido llegar hasta vivir algunas aventurillas baratas de la Calle Doce. Pero todo cambió de pronto cuando, aquella noche, cuando ya no había casi nadie en las oficinas, Jessica resbaló por las escaleras, se rasgó la falda y le demostró que no sólo era perfecta por dentro, sino que además usaba una ropa interior mucho más fina de lo que él pudo imaginar. Jessica, con el tobillo algo hinchado, permitió que él la acompañara a su casa y que le preparara una taza de café. Mientras ella reposaba en el diván, permitió también que James le diera algunos masajes con sus manos temblorosas. Jessica le habló entonces, a la luz incierta de una bombilla de sesenta, de su soledad, de los desengaños de su vida, de su deseo de encontrar a alguien que la comprendiera, de su devoción por los hombres respetables, formales, serios; los hombres que habían sufrido y que también sabían, por lo tanto, lo que es el sufrimiento de una mujer.

James no se atrevió a decir que él podía ser ese hombre, pero lo pensó una vez, diez veces, cien veces. Aquella noche, mientras su mujer gruñía porque empezaba a tener los dolores de la menopausia, James no pudo dormir. Y a la mañana siguiente fue tan iluminado al trabajo que estuvo a punto de caer con paraguas y todo bajo las ruedas del Metro.

Después de las cinco, cuando la oficina quedó vacía, fue a visitar a Jessica, que aún tenía el tobillo hinchado y no había podido ir al trabajo. Esta vez fue ella la que preparó el café, la que dijo lo mucho que agradecía su visita y la que se sentó a su lado. Luego, en un momento determinado de la conversación, mientras se miraban a los ojos, susurró:

—Me gustaron tus atenciones de ayer, James, pero no hace falta que disimules. Un hombre como tú, nunca ofende a una mujer como yo.

Y fue fácil. Tan maravillosamente fácil, que el propio James, tiempo después, aún no podía creerlo. Jessica estaba allí, y sobre

todo su comprensión y su ternura. Estaba la vida que él no tuvo jamás, el cariño que nunca mereció, la dulzura que ni siquiera pudo conseguir en su primera noche de bodas.

La furgoneta se detuvo ante la casa, pero de pronto, James recordó algo esencial y puso de nuevo la marcha para entrar en el callejón. Allí tenía un aparcamiento reservado y el sitio era tan discreto que la policía tardaría un día entero en descubrir la furgoneta.

Descendió con la caja.

Sus ojos estaban iluminados por un resplandor interior.

Como si lo viviese de nuevo ahora, recordaba perfectamente la dramática reunión que, después del segundo atraco, tuvieron todos los miembros de la sección de Caja, incluida Jessica. Por supuesto que el señor Paniker no le miró a él ni una vez, porque James era un tipo insignificante, pero habló claro.

Dentro de poco necesitarían sacar dos millones para pagar no sólo las nóminas del personal, sino también los jornales eventuales del último semestre. Las opciones eran dos, en vista de que Billy *Cara Quemada* parecía querer desplumar a aquella compañía: o contratar una furgoneta blindada con numerosa escolta o dar con alguna idea sencilla, que despistase a cualquier atracador. Lo que la compañía rogaba a su personal de confianza era que, a ser posible, diese con aquella idea.

James había de reconocer que aquella noche, mientras Jessica y él se dedicaban a sus escarceos sentimentales dentro del automóvil, la idea surgió del cerebro de la muchacha. Pero fue lo bastante generosa para emplearla como una catapulta para James. Si la idea era aceptada y la cosa salía bien. James podría pasar de su oscuro puesto de tercer jefe a una bien remunerada categoría de jefe primero. Si aquello resultaba, era una magnífica oportunidad para los dos.

Y la idea fue aceptada: la sucursal del Chase Manhattan que pagaría los dos millones sería una de las más deslucidas: la del Bowery. Un hombre se presentaría en ella dirigiendo la furgoneta de una fontanería, entraría con la caja de las herramientas y arreglaría unas cuantas cosas en el despacho del director. Eso visto desde fuera. Visto desde dentro, las cosas serían ligeramente distintas, pues el director tenía orden de meterle los dos millones en

la caja antes de que saliera con el mismo aspecto aburrido que tenía al entrar. Y aquí paz y después gloria.

James subió en el ascensor.

Jessica abrió.

James entró como un bólido. Dos millones y una mujer sensacional. Cualquiera hubiese hecho lo mismo que él. Usted, amigo lector, también lo habría hecho. Usted también habría entrado como un bólido, macho.

CAPÍTULO II

Jessica musitó:

—¿Lo llevas?

—Ya te he dicho que sí. ¿Estás sola?

—¿Con quién quieres que esté? ¿Con la policía?

—No, pero podía haber venido alguien. Por ejemplo, un fontanero.

—Se ve que estás de broma, James. Menos mal que sigues teniendo humor... ¿Sabes? Eso me gusta.

Y le besó en la boca. Le besó tan apretadamente, que James se estremeció. Luego, ella fue hacia el diván.

—¿No nos vamos? —preguntó James, con la boca seca.

—Creí que te gustaría estar un rato conmigo.

—Eso ahora... no nos sirve de mucho.

—Tienes razón. El tiempo vuela.

Y Jessica consultó el reloj. Hizo un gesto de preocupación, mientras musitaba:

—Ya deberíamos estar fuera. Tengo las maletas preparadas, ¿sabes? Nada va a fallar. Por cierto, ¿qué tal sienta eso de ser dueño de dos millones de dólares?

—Pesán lo mismo que unos cuantos periódicos viejos —dijo modestamente James, mientras se tocaba la oreja.

—¿Te molesta ese audífono?

—Sí.

—No sé por qué te lo dejaste colocar. Te envejece.

—Si quieres, me lo quito —dijo rápidamente él.

—No, no hagas caso; tampoco tiene importancia. ¿Te cambias?

—Sí, en seguida.

James se desnudó para vestirse un traje nuevo que ella había hecho traer allí, previamente. Pese a que ya se había desnudado un par de veces ante Jessica, todavía sentía un cierto rubor, porque

sabía que su figura era desgarbada y que sus piernas eran flacas. Mientras tanto, ella se remetía con gestos rápidos un niki sobre su cuerpo escultural, después de haberse enfundado unos tejanos.

—Fue una perfecta idea, ¿verdad? —preguntó, mientras se alisaba el pelo.

—¿Idea? ¿Cuál?

—La de quedarnos el dinero, en vez de entregarlo al chupasangre de Paniker. Te confieso que la primera vez que pensé en lo de sacar el dinero de la forma más inocente, fue solo con el propósito de que hicieras méritos y ascendieses un poco. O sea, que mi plan era entregarlo sin chistar a Paniker. Pero luego, conforme se concretaron los detalles, me dije: «Amiga, tienes la ocasión más bonita de tu vida para ser feliz con el hombre al que amas y encima, convertida en una millonaria».

Dio media vuelta y preguntó:

—¿Qué te parezco?

—Estás... maravillosa.

James se sentía deslumbrado. La mandíbula le temblaba de excitación. Si no fuera por el tiempo que se les echaba rabiosamente encima, hubiera deseado permanecer más tiempo al lado de aquella muchacha. Pero ahora no podía.

—¿De veras yo soy el hombre al que amas? —preguntó.

Ella le miraba fijamente, muy fijamente.

—¿Crees que me metería en esto si no me impulsara algo muy hondo, James? —preguntó.

—Tienes casi veinte años menos que yo...

—¿Y eso qué importa?

Jessica rió. James pensó: «¿Qué haría si me faltara el optimismo de esa mujer? ¿Qué diablos haría?».

—Me he despeinado —dijo—. Al sacarme el mono me he despeinado.

—Vete al cuarto de baño. Allí tienes un peine... Ah... Recuerda que no debemos llamar la atención para nada.

—No te preocupes; me peinaré como un oficinista. Al fin y al cabo, lo que soy.

Y entró en la pequeña pieza.

Cerró a su espalda.

Encendió la luz.

Y entonces los vio.

Sus ojos burlones.

Sus manos enormes.

Sus pistolas.

Y sobre todo, aquella cara, aquella cara que estaba en los ficheros de todas las policías del país y que él conocía muy bien: las facciones quemadas, en parte, la boca algo torcida, la piel maldita del asesino Billy.

CAPÍTULO III

James no pudo ni respirar. De pronto, el cañón de la pistola se hundió en su mandíbula. Una voz seca dijo:

—Tú quieto de una vez, hijo de perra.

James se estuvo quieto. Claro que se estuvo quieto. Pero no era a causa del miedo sino a causa de algo mucho más doloroso, mucho más profundo: a causa del asco.

—Ella lo sabe, ¿verdad? —musitó.

—¡Pues claro que lo sabe, macaco!

—Ella os dio los informes para los otros golpes...

—Claro. ¿Quién los iba a dar?

—Y ella me empleó para sacar fácilmente del Banco y, encima, traeros a domicilio, dos millones de dólares...

Billy *Cara Quemada* dijo riendo, mientras miraba a sus dos compinches:

—Fijaos... Hasta es inteligente el chico.

James había cerrado los ojos.

Dijo con un hilo de voz:

—Dispara.

Nunca en su vida había deseado, tan ardientemente, morir, reventar de una vez, dejarse destrozar, dejarse pisotear como un despojo. Nunca en su vida de ciudadano gris e insignificante había sentido tanta lástima y al mismo tiempo tanto asco de sí mismo.

Billy *Cara Quemada* masculló:

—Creías que todo era fácil y bonito, ¿verdad? Que Jessica te había dado esa idea para que en la cochina casa donde trabajas empezaran a fijarse en ti y empezaran a darse cuenta de que tienes orejas... Todo muy inteligente: una falsa avería en el Banco, un inocente fontanero que llega con la caja vacía y sale con la caja llena. Y los de la Paniker confiando ciegamente en ti, porque saben que eres lo bastante burro como para llevarles, enteritos, los dos

millones de dólares... ¡Je, je! Cuando de todos modos se enteren de que pensabas largarte con la pasta y con una chica a la que llevas veinte años, se van a mondar de risa.

James volvió a decir con voz opaca, cerrando los ojos:

—Dispara... ¡Dispara de una vez!

—Demasiado fácil, muchacho.

—¿Qué es demasiado fácil?

Billy *Cara Quemada* barbotó:

—¿Oyes bien o no oyes? ¿Qué es esa mierda que llevas en la oreja?

—Un audífono porque a veces oigo mal... Pero es una lástima. Ahora que me convendría no oír, escucho perfectamente.

Billy barbotó:

—Mejor para ti, muchacho... Mejor... Pero no creas que vamos a alarmar a todo el vecindario con un disparo. Al perseguirnos toda la policía del país, no hemos podido ponernos en contacto con nuestros enlaces para conseguir un buen silenciador. De modo que vamos a hacer las cosas mucho más sencillas. Sin ruido... Con toda suavidad... Casi con dulzura...

Y señaló la bañera.

James se dio cuenta, con los ojos desencajados, de que estaba llena de agua.

Barbotó:

—¡Dios mío!

Y entonces se oyó la voz de Jessica al otro lado de la puerta. Era una voz aburrida, la voz de una mujer que quiere acabar cuanto antes una labor que le importa poco, pero que es fastidiosa:

—¿Qué? ¿No acabáis de una vez? ¿Tanto trabajo para ahogar a un perro?

James apretó los labios.

Por primera vez en su vida se sentía lleno de dignidad, de orgullo. Desde el fondo mismo de su hundimiento, desde el fondo mismo de su miseria, le brotaba la convicción de que no debía humillarse ante aquellos esbirros, dando un espectáculo. Por lo tanto, susurró:

—Ella tiene razón. Acabemos cuanto antes. ¿En qué posición queréis que me ponga?

Billy *Cara Quemada* le miró con sorpresa.

—Vaya... —dijo—. El chico es valiente y todo...

—¿En qué posición queréis que me ponga?

—Muy sencillo, hombre, muy sencillo... De rodillas junto a la bañera y la cabeza bajo el agua. Un poquito de *glu, glu, glu* y basta, hombre... Así de fácil.

En contra de lo que esperaba —pues son pocos los valientes que no se arrugan un poco en el último momento—, James hizo exactamente lo que le estaban pidiendo. Se arrodilló junto a la bañera y hundió narices y boca en el agua. Cuatro manos le sujetaron, entonces, fuertemente, empujándole hacia abajo, para que no pudiera elevar la cabeza otra vez.

Billy masculló:

—Fijaos. Parece un arenque en remojo.

Y escupió en la bañera.

Luego salió. Jessica se estaba arreglando un poco la cara, con unos toquecitos de carmín. Sin volver siquiera la cabeza, preguntó:

—¿Ya está?

—Ya está, nena.

—Pues no ha hecho ni ruido.

—Es que era un buen chico.

Tomó la caja de herramientas, la abrió y echó un vistazo a su contenido. Parecía mentira, pero aquella fortuna inmensa no abultaba gran cosa. Dos millones de dólares en billetes grandes pesan escasamente dos kilos seiscientos gramos. Hay cosas que dan una especie de lástima: lo que un hombre bien pagado no llegaría a ganar en dos vidas enteras de trabajo, no alcanza a los dos kilos de papel.

Pero ése no era precisamente el pensamiento que pasaba por la cabeza de Billy. El no había ganado aquello en dos vidas, sino en dos minutos. Hizo crujir sus dedos y preguntó:

—¿Vamos?

—Vamos —decidió Jessica.

Billy, la chica y los dos compinches descendieron en el ascensor. Quizá llamarían la atención con la caja de herramientas, bien vestidos como iban todos, pero estaba previsto que no saldrían a la calle. En el *parking* del edificio les aguardaba un «Dodge» seis cilindros, de gran potencia, con el que llegarían en pocos minutos al campo donde les aguardaba la avioneta que la muchacha había

contratado.

Todo perfecto.

Fueron a introducirse en el coche.

Y en aquel instante la bala atravesó de lleno el parabrisas. Fue un disparo de aviso, porque el policía que había enviado el plomo pudo perfectamente liquidar a Billy, pero intentó obligarle a rendirse, haciéndole comprender que lo tenía dominado. La bala salió limpiamente por la luneta posterior.

Jessica lanzó un gemido.

Los demás se lanzaron al suelo con velocidad de ratas. Eran gente entrenada, tan entrenada, que los policías que ocupaban el *parking* ya no les vieron una décima de segundo después.

Alguien gritó:

—¡Alto! ¡Estáis acorralados! ¡Salid todos con los brazos en alto o tiraremos a matar!

La maldición de Billy *Cara Quemada* se escuchó en todo el local. Con la pistola que acababa de sacar hizo una seña a uno de sus compinches.

Éste lo entendió. Como las portezuelas estaban abiertas, se introdujo en el interior. Sacó la caja que ya habían metido antes y se deslizó de nuevo hacia fuera.

El «Dodge» no les servía porque tenía el parabrisas convertido en un mapa. Pero en el *parking* había docenas de coches para elegir, todos ellos con las llaves de contacto puestas. Los dos encargados se habían parapetado tras la caseta de control para evitar las balas.

Billy se dio cuenta inmediata de la situación. Había cuatro policías solamente, es decir, la dotación de un coche patrullero. El grueso de las fuerzas no había llegado aún, pero eso era cuestión de un par de minutos como máximo. La alarma estaba dada.

Barbotó:

—El «Ford»...

No podían ni soñar en entregarse, porque eso significaría la cárcel para todo el resto de sus vidas, si no les ocurría algo aún peor. Los cuatro se deslizaron con agilidad de serpientes hacia la derecha, mientras los policías empezaban a acribillar el «Dodge». Por unos momentos pensaron que los tenían acorralados allí.

La zarabanda de disparos fue infernal. Dentro de aquel espacio reducido y bajo de techo, cada proyectil lanzaba al aire una especie

de canción alucinante antes de estrellarse contra una pared o una carrocera. Un depósito de gasolina empezó a manar. Uno de los encargados del *parking* lanzó verdaderos aullidos de terror.

—¡Cuidado! ¡No disparen! ¡No dispareeeen!

Los policías se dieron cuenta de que allí podían morir todos abrasados como conejos y dejaron de apretar los gatillos. No se dieron cuenta de que con eso salvaban la piel de unos asesinos dispuestos a todo.

En efecto, Billy se dio cuenta de que el camino de la gasolina derramada era el único que les podía permitir moverse. Corrió agazapado hacia allí, mientras otro de los policías gritaba:

—¡Alto!

Nunca hubiese imaginado que Billy disparase tan rápido, y la verdad fue que ya no le quedó tiempo para imaginarlo. La bala le atravesó la cabeza de parte a parte. Su gorra azul salió despedida por los aires mientras en todo el *parking* se oía un terrible aullido de muerte.

Billy gritó:

—¡Adentro!

El «Ford» en que acababan de entrar era también un seis cilindros y su motor rugía con la potencia de una locomotora. Por la situación en que se encontraba en el *parking*, era el único que tenía vía libre. Con un espantoso chirrido de neumáticos, salió disparado igual que un bólido.

Uno de los policías se había puesto delante.

Se jugó a cara o cruz la piel.

Apuntó hacia el parabrisas, buscando la cabeza del conductor.

Durante unas décimas de segundo que parecieron interminables, sólo se vio aquella figura azul, aquella figura casi frágil plantada ante el mastodonte que rodaba ya a noventa por hora. Sólo se oyó aquel grito alucinante del hombre que iba a morir:

—¡Hijos de perraaaaaa!...

Su insulto se confundió con el estruendo del choque. El frágil bulto azul fue despedido por los aires, mientras el capó del «Ford» se teñía de sangre. El policía rebotó contra una de las paredes, en tanto se repetía el grito de muerte.

Los otros dos no tuvieron más remedio que apartarse, aunque dispararon todas las balas que había en sus revólveres de

reglamento. Casi una docena de plomos aulló por los aires mientras el potente «Ford» rompía la barrera del *parking*, que uno de los encargados había hecho bajar, y remontaba la rampa a una velocidad suicida.

Salieron del vado sin respetar ninguna preferencia, chocaron de costado con un pequeño «Austin» de importación y lo enviaron contra un autobús en ruta hacia el East Side. La circulación se detuvo casi inmediatamente, mientras se oían gritos y a lo lejos sonaba una macabra sinfonía de sirenas.

Billy, que conducía, masculló:

—Van a acordonar esto en menos de un minuto. ¡Tenemos que salir!

—Sí, pero ¿por dónde?

—¡Recto! ¡Mirad!

Un policía de tráfico estaba ya cruzando su moto para detener por aquel lado la riada de coches. De pronto, intentó desenfundar su arma al ver el «Ford» que venía aullando hacia él. Apenas le quedó tiempo para tocar la culata.

La embestida le hizo volar por los aires. Fue a parar entre las ruedas de un camión, que chirriaron lastimeramente. El «Ford», que de momento tenía vía libre, pasó a más de ciento veinte por hora.

Otra riada de coches subía por la Avenida Sexta, y esa riada no se había detenido. El «Ford» de los fugitivos se introdujo temerariamente en ella, desplazó a un «Cougar» amarillo, chocó contra una farola, se enderezó y giró para mezclarse con los otros automóviles que remontaban hacia Central Park.

Billy había tomado una decisión con la que se lo jugaba todo a una carta. No podrían huir con aquel coche, y, por lo tanto, se imponía huir a pie, pero eso requería un sitio en el que ocultarse.

Barbotó:

—El parque...

—¿Y qué vamos a hacer allí, Billy?

—Dejar el coche en un sitio donde no nos vean. Luego salir en direcciones distintas.

—¿Y quién lleva el dinero?

La pregunta la había hecho Jessica. Billy barbotó:

—¿No te fías, guarra?

—Yo sólo he preguntado que quién lo lleva.

—Lo llevaré yo, pero eso no es lo más importante, ahora. Lo importante es salvar la piel. Una vez hayamos salido de Central Park, nos reuniremos en la tienda de Clayman.

Clayman era un anticuario de pacotilla que realmente traficaba en drogas y que les había ocultado algunas veces, pero que ahora no querría saber nada al haber policías muertos de por medio. Jessica resumió perfectamente la situación al preguntar:

—¿Ocultarnos? ¿Durante cuántos minutos, Billy?

—Podemos obligarle...

—Es una tontería. Tú lo has dicho cien veces: «No te escondas nunca en casa de alguien que está deseando venderte. Ya encontrará la oportunidad. Tú pones el cadáver y él pone la traición». ¿No es eso lo que has dicho?

—¡Maldita sea! ¡No estoy para refranes ahora!

En efecto, se oían sirenas por todas partes, aunque ahora estaban metidos entre una auténtica riada de coches y no llamaban la atención ni más ni menos que otros. Billy hizo una audaz maniobra (dejándose, sin embargo, un guardabarros en una farola) y se introdujo en Central Park. Allí condujo a velocidad más pausada, para no llamar tanto la atención, por las sendas en que algunos hombres y mujeres felices paseaban a caballo. Se dio cuenta, entonces, de que el volante resbalaba entre sus dedos de tan sudados que estaban.

—¡Aquí!

Nadie les veía en aquel momento. Dejaron el coche y salieron los cuatro en cuatro direcciones distintas. Todo salió bien y sólo necesitaron quince minutos escasos para reunirse en la tienda de Clayman.

Aqué! era un reducto de otro tiempo, al menos en apariencia. Y hay que decir «en apariencia» porque todo estaba falsificado. Viejos relojes victorianos, mobiliarios coloniales, miniaturas inglesas, tabaqueras francesas y pipas de los Países Bajos. Basura. Todo se podía comprar por un dólar en un mercadillo y se vendía allí a ciento cincuenta pavos uno encima de otro.

Clayman fue relativamente honrado. Barbotó:

—Os doy diez minutos.

—Podemos hacerte rico, Clayman. Podemos pagar tu protección —masculló Billy.

—Mierda.

—Te ofrezco cincuenta de los grandes.

—Los cincuenta de los grandes sólo me servirán para pagarme un entierro de gran lujo cuando la policía entre aquí, y eso ocurrirá dentro de... —consultó su reloj— quince minutos. No creas que los de la Metropolitana son idiotas y no saben por dónde se andan, Billy. Me han interrogado ya tres veces mientras te buscaban por todas partes, porque saben que somos amigos, y a estas horas ya están llamando a los patrulleros que van a venir hacia aquí. Por lo tanto, son diez minutos escasos. Yo diría que quedan solamente nueve.

Y salió.

Cerró la puerta tras de sí.

En la pequeña habitación en que se encontraban, sonaron las doce en un viejo reloj victoriano del siglo XIX y que había sido fabricado en los umbrales del siglo XXI. Pero solamente saltaron al aire seis campanadas porque el reloj no daba para más. Aparte de estar falsificado, un letrero decía en la parte frontal: «Mitad de precio».

CAPÍTULO IV

Los tres hombres y la mujer se miraron obsesionados unos a otros. Estaban metidos en una sucia ratonera y lo sabían muy bien. Pero había algo que les obsesionaba aún más que el peligro; algo que les volvía locos y que de momento parecía no tener ninguna respuesta. Esa pregunta se resumía en una sola cosa: ¿Por qué habían sido descubiertos? ¿Por qué? ¿Por qué?

Billy *Cara Quemada* barbotó:

—Tu amiguito nos la jugó, Jessica, sucia zorra. Había avisado a la policía. Se ve que la última noche no le trataste bien.

—Le he tratado mucho mejor que lo que trataba a los clientes tu madre.

Billy casi saltó.

—¡Maldita puerca hija de...!

Uno de sus hombres le puso la mano en el pecho. Con gesto decidido, barbotó:

—No es el momento de gastarnos por la lengua ahora, Billy. Tenemos dos millones, la piel sobre el cuerpo y ocho minutos por delante. No hay que perder esa última oportunidad.

Billy se dejó caer sobre la silla. Comprendía que su compinche Rayan tenía razón. Mientras se llevaba una mano a los ojos, barbotó:

—Pero de todos modos, ¿por qué?

Hubo un denso, un pesado, un casi dramático silencio. De pronto, Jessica, se llevó las manos a la frente mientras barbotaba:

—¡Por todos los hijos del infierno!

—¿Qué?

—Lo sé.

—¿Qué es lo que sabes, Jessica? ¿Qué maldita guarrada piensas? ¡Habla!

—El audífono —dijo ella, con un hilo de voz.

—¿El audífono? ¿Qué pasa con él?

—Pero ¿es que no os dais cuenta? ¡Ni el propio James lo sabía! Era un poco sordo y *casualmente* entonces le aconsejaron que se pusiera un audífono para oír mejor. Ahora lo recuerdo... ¡Fue la propia compañía la que se lo propuso! ¡No eran tan tontos ni tan confiados como parecía, no! ¡Qué infiernos iban a serlo! El audífono consistía, realmente, en una pequeña emisora de onda corta y alcance limitado, que permitía saber a la policía, en cada instante, en qué sitio estaba James. No lo que hablaba, ni lo que hacía, sino en *qué sitio estaba*. Mientras el aparato fue emitiendo no pasó nada, pero cuando le introdujisteis la cabeza bajo el agua, dejó de funcionar. Y entonces la policía se puso en movimiento. ¡Aún ha sido una especie de milagro que sólo hubiese un patrullero cuando intentamos huir!

Los cuatro asesinos se miraron, obsesionados, a los ojos. Bruscamente se dieron cuenta de que allí sólo había existido un tonto: James. Los demás habían sido astutos. La policía y ellos. Y después de tanta astucia, era la policía la que tenía todas las cartas del póquer.

Jessica dijo, con un hilo de voz:

—Cinco minutos.

—Hay que buscar un sitio —balbució Mulford, el otro compinche de Billy.

—Sí, pero ¿cuál?

Tenían la sensación de que el tiempo era un veneno que se introducía en sus cráneos, poco a poco. El tictac del reloj victoriano que no era victoriano les volvía locos. De una forma mansa, pero angustiada, el sudor fluía por sus rostros.

Fue Billy el que dijo, al fin:

—Lo tengo.

—¿Lo tienes? ¿Qué?

—El sitio.

—No podemos salir de Nueva York, Billy. Ni lo sueñes.

—No hay que salir de Nueva York. Sólo hay que dejar algo atrás el aeropuerto Kennedy y alcanzar el condado de Meadow. No será tan difícil.

—Bueno, eso es más que posible. La policía no puede poner barreras en las carreteras que van al aeropuerto porque originaría

un caos, con el tráfico que hay. Vigilará hasta los urinarios del Kennedy, pero pondrá las barreras algo más lejos. Sí..., sí..., es posible... Pero ¿qué hay en el condado de Meadow, Billy? Por toda la honradez que no tuvo tu madre, ¿qué vamos a encontrar allí?

Cara Quemada dijo, sordamente:

—El manicomio de Kutzman.

—¿Un manicomio? ¿Estás loco?

—Por eso lo digo.

—Nos jugamos la piel, Billy. Habla en serio de una vez.

—¿Es que creéis que no estoy hablando en serio? ¿Pensáis que esto me divierte? ¿Y es que no os dice nada el nombre de Kutzman?

Rayan apretó, de repente, los puños sobre la mesa.

—Pues claro —barbotó—. Pues claro que sí... ¡La doctora Kutzman!

—Yo no la conozco personalmente —dijo Billy—, pero conozco muy bien el sitio de donde proviene el dinero que le permitió montar ese negocio.

—Su padre —apuntó Jessica.

—Sí. Con su padre asaltamos el Banco de Minnesota, cuando yo era un crío. Trescientos mil de botín, pero a mí sólo me correspondieron quinientos dólares. Y encima fui tan idiota, tan idealista, que le salvé la vida al viejo. Tú, Rayan, tienes que acordarte de él. Cascado, hecho cisco, viviendo gracias a un marcapasos y todavía atracando Bancos con una sola obsesión: dejar forrada a su hija. Por ella hubiera hecho cualquier cosa, hasta meterse en una habitación con un negro, si el negro le hubiese pagado bien. Los trescientos grandes, casi íntegros, fueron a la chica que entonces tendría unos dieciocho años y estaba estudiando Medicina. Más tarde supe que el viejo había cascado y que la chica había fundado un manicomio, o mejor dicho, una clínica mental. ¿Con qué pasta? Eso no era difícil adivinarlo. Luego me enteré de que el negocio había rodado muy bien y de que ella se forraba, pero ya no me preocupé. Corrían otros tiempos... No he vuelto a pensar en ella hasta ahora.

Jessica musitó:

—Y ella no ha pensado nunca en ti.

—Bueno... De acuerdo. Le refrescaré la memoria.

—¿Sabe que su padre era un vulgar atracador?

—Claro que lo sabe, aunque ésa es una vieja historia que no quiere desenterrar de ninguna manera. Por eso mismo.

—Por eso, ¿qué?

—Por eso mismo admitirá cualquier pacto con nosotros. Si nos vamos al infierno, hablamos y ella se hunde. No la meterán en la cárcel, claro, pero perderá su negocio al tener que devolver aquel dinero, con sus intereses. La gente no la mirará a la cara. Con un poco de mala suerte la echarán del colegio de médicos. ¿Sabéis con quién trata esa zorra? Con la gente más rica de la ciudad. En cuanto el hijo de un millonario empieza a atizarle mordiscos a una criada, su papá no lo lleva a un manicomio del Estado, sino a la honrada institución de la señorita Kutzman. Ella trata con gente alta de verdad... Alta, alta...

—¿Y quién ha dicho que pegarle mordiscos a una criada sea una señal de locura? —masculló Rayan.

—¡Tú cállate, macho!

Rayan se calló.

—Quiero decir —recapituló Billy— que le interesa muchísimo seguir como está. Gana el dinero a espuestas y tiene una consideración social. Si por una palabra nuestra se hunde, no querrá que pronunciemos esa palabra.

—¿Entonces sugieres que vayamos a... a...?

—Sí. Que nos ingrese en ese manicomio. Durante dos semanas vamos a tener habitación individual, comida gratis y paseos por un jardín muy bonito donde los locos de verdad nos sacarán la lengua. Pasadas esas dos semanas, no nos encuentra ni el Sumo Hacedor. Saldremos uno a uno y nos largaremos del país. Haremos el reparto en el propio establecimiento y yo seré el último que salga, porque soy el que más fácilmente pueden reconocer.

—Perfecto —susurró Jessica—, pero ¿quién es el primero que entra allí a hablar?

—También yo —decidió Billy—. Soy el único que puede convencerla. Vosotros llegáis individualmente con márgenes de media hora cada uno. Seguro que se os recibe bien.

—¿Vas a decirle que llevamos...?

—No, no voy a decirle que tenemos dos millones de machacantes dándose calor uno al otro. Podría despertar su codicia y eso no nos conviene. Lo que quizá le ofrezca será un poco de

dinero por su colaboración.

Y se puso en pie.

Había transcurrido ya el plazo de diez minutos que les diera Clayman.

Éste abrió la puerta.

—¿Qué? —preguntó.

—Voy a salir —dijo Billy—. Los demás se irán largando por separado y con intervalos de cinco minutos.

—Lo cual significa un cuarto de hora más. No puedo aguantar tanto, Billy.

Billy le dio un terrible puñetazo en el vientre, luego otro en el mentón y lo envió contra un jarrón chino que ocupaba un ángulo de la pieza. Sus dientes chirriaron de rabia mientras la pieza de porcelana se rompía en cien pedazos.

—Un cuarto de hora no importa —balbució—. La policía ha debido encontrar ahora el coche en Central Park y necesitará media hora para orientarse. De modo que te callas.

Y salió del local. Como antesala para ir a un manicomio, no podía negarse que aquella tienda era un buen entrenamiento.

CAPÍTULO V

Lo primero que vio Billy al llegar a los confines del condado de Meadow y plantarse ante el manicomio le produjo una especie de sobrecogimiento. Lo que había esperado encontrar no era realmente aquello, pues imaginaba un edificio moderno y funcional y se encontraba ante una vieja construcción de piedra, con todo el empaque y el señorío de otro tiempo, y que debía contar, al menos, ciento cincuenta años. La verja era alta, los árboles lo tapaban todo y entre el bosque se veía corretear a unos pájaros bastante siniestros: nada menos que negros cuervos. Todo aquello producía una sensación algo deprimente, algo hostil, como el decorado de una película de horror.

Sin embargo, cuando penetró en el interior, tras dar un nombre falso al guarda de la entrada, descubrió que el edificio de piedra era una especie de núcleo principal, de sanctasanctórum de la clínica psiquiátrica. Más allá del bosque y del prado verde, se extendían dos pabellones más que eran completamente modernos. En el prado, vigilados por varias enfermeras, una serie de pacientes se dedicaban a la dulce actividad de matar el tiempo. Mientras tomaban el sol de la tarde bebían a sorbitos zumos de frutas y vigilaban atentamente las chicas que les cuidaban. Estar locuelo en un plan así, no debe ser tan malo como la gente piensa.

Billy se dio cuenta de que el edificio de piedra era una especie de sanctasanctórum, porque la gente que estaba en él era muy distinta de las muchachas vestidas de blanco que se distinguían fuera. No pudo ver más que a dos hombres fornidos y que tenían pinta de guardaespaldas. Tampoco pudo ver a Mabel Kutzman, porque el que le recibió fue un administrador de unos cincuenta años llamado Bossen. El administrador era un fulano al que Billy conocía un poco a través de referencias, pues dos veces había aparecido en un programa de televisión hablando de los problemas

de los establecimientos psiquiátricos.

El, sin embargo, no había visto en la televisión a Billy, y eso que su cara la había dado varias veces la policía. No dejaba de ser una suerte.

—Lo siento, amigo —dijo el administrador—, pero será difícil que vea usted a nuestra jefa, la señorita Kutzman. Esta semana ella tiene absolutamente prohibido que le pasemos ninguna visita.

—¿Esta semana, por qué?

—¡Oh! Es una cosa bastante habitual, casi diría que rutinaria... Una semana al mes se encierra a solas para examinar los casos, uno a uno. Quizá usted piense que llevar una clínica mental de esta clase consiste solamente en echarles de comer a los locos y tenerlos entretenidos dieciséis horas al día, cuando no duermen. No, amigo, no. Un centro de esta clase tiene una alta categoría científica.

—¿Y para examinar los casos, tiene que encerrarse Mabel?

—Bueno, no es exactamente un encierro. Quiero decir que se desliga de las cosas rutinarias de este centro para concentrarse en los casos clínicos. ¿Piensa que todos los locos son pacíficos aquí?

—No, no lo pienso —se aventuró a decir Billy.

La verdad era que ni en aquello ni en otras muchas cosas había pensado nunca.

—Pues hay dos o tres peligrosos. Muy peligrosos... Claro que todos están aquí, en este edificio de piedra, que es el más seguro, porque no podemos mezclarles con los demás. La semana pasada teníamos, por ejemplo, a Barklay, que era un maniaco sexual, pero nos lo pudimos sacudir de encima y llevarlo a un centro de seguridad del Estado. O a Palisade, un asesino que se pasaba la vida tratando de fabricar hachas. A ése, por desgracia, lo tenemos aún. Pero la peor quizá sea Greta Wolsen.

—¿Greta Wolsen? —masculló Billy, sintiendo que se impacientaba—. ¿Qué hace?

—Es muy joven y bonita.

—¿Y por eso la encierran?

El administrador rió silenciosamente mientras sus ojos brillaban detrás de los cristales de las gafas, con una secreta hostilidad.

—¡Je, je! No, no es eso. Tiene algunos defectillos, ¿sabe? Por ejemplo, no le gusta el otro sexo. Pero, además, mata a las chicas que merecen su atención, ¿comprende? Todo lo que ella ama acaba

en un baño de sangre. Pincha los ojos de sus víctimas y les atraviesa el cerebro.

Billy se estremeció. Hasta una bestia como él, acostumbrado a la acción directa, y a su manera limpia, sentía frío en la espina dorsal ante aquellos casos retorcidos, viscosos; aquellos casos en que se mezclaban el sexo, la sangre, el subconsciente y hasta el aburrimiento de la vida sin sentido. Por unos instantes incluso, se arrepintió de haber entrado allí, pero ya no le quedaba otro remedio que aguantarse. Y además, ¿qué le importaban a él los locos y las locas?

—Todo eso que usted me cuenta produce arcadas —dijo, con voz seca—, pero no es lo mío. Yo quiero ver a Mabel Kutzman.

—Y yo le digo que no recibe a nadie esta semana.

Billy apretó los puños.

—Pásele un recado. A eso no se puede negar.

—¿Qué recado?

—Dígale que soy un amigo de su padre.

—Su padre murió hace años —dijo cautamente el administrador Bossen.

—Pero antes de reventar hizo algunos amigos.

—Oiga, de veras le aseguro que...

Billy le sujetó por el cuello de la bata blanca. Casi lo levantó en vilo. El tipo se puso a temblar como un flan.

—Dígaselo —pidió, con voz opaca.

—De... de acuerdo... A ella le sabrá mal, pero... pero se lo diré.

Salió del despacho. Todo era elegante allí, pero viejo y un poco siniestro. De las paredes colgaban diplomas y más diplomas, y certificados y más certificados. Nadie podía negar que aquella clínica mental era de primerísima categoría, pero Billy *Cara Quemada* estaba deseando perderla de vista. Un club galante de los que también hay en Nueva York, con unas cuantas masajistas tailandesas, le hubiera venido mucho más al pelo.

Miró su reloj con impaciencia.

Por fin volvió Bossen, limpiándose las gafas.

—Mire, lo siento —dijo—, pero le aseguro que la señorita Kutzman no pue... —empezó a decir.

Billy le cruzó la cara de un revés.

Las gafas saltaron a la pared.

Se rompieron en diez pedazos.

Un diente del administrador también saltó por los aires.

Bossen quedó acurrucado en la pared, jadeante, tembloroso, mientras le miraba con sus ojos desencajados y miopes.

—¿Dónde está Mabel Kutzman? —preguntó Billy *Cara Quemada*—. Yo mismo me presentaré. No sabe la alegría que va a tener al verme. Hasta lanzará grititos de emoción, oiga.

Bossen le indicó un despacho que estaba al fondo de un pasillo solitario.

Billy avanzó por él.

Empujó la puerta sin llamar.

Y vio a la mujer.

Joven.

Guapa.

Lo único que no se sabía era si se trataba de una doctora o no.

Porque las doctoras suelen llevar bata blanca.

Y ésta no la llevaba.

Ésta llevaba una combinación negra.

Billy *Cara Quemada*, el asesino buscado por toda la policía de Nueva York, sintió que se le secaba la boca. Entró, mientras cerraba poco a poco la puerta.

CAPÍTULO VI

El teniente Carter entró en su sección de la Brigada de Homicidios, se quitó el abrigo, lo arrojó de cualquier manera encima de una silla y descolgó el teléfono. Marcó un número interior mientras preguntaba, con expresión ansiosa:

—¿Qué?

Una voz opaca contestó desde el otro lado de la Metropolitana:

—Nada.

Carter dejó caer el auricular.

De una forma maquinal se puso un cigarrillo en los labios, pero no se acordó de encenderlo. Sus ojos grises y claros pasearon por la gran sala, como si estuviese a centenares de millas de allí, en algún sitio ignorado y siniestro al que no pudiera acompañarle nadie. Luego, arrastrando los pies como si estuviera infinitamente cansado, fue hacia la máquina automática y se sirvió una taza de café, pero tampoco se acordó de beberlo. Inmediatamente, como movido por una catapulta, saltó hacia el teléfono otra vez.

—¡Sutter! —gritó.

Sutter era su ayudante. Estaba ante un gigantesco *planning* de la sala contigua, donde con puntos luminosos se habían marcado las zonas a investigar. Carter, casi fuera de sí, gritó:

—¡No pueden haber desaparecido de esa manera! ¡No se pueden haber esfumado como el humo! ¡No pueden! ¡No pueden!

A sus treinta años, con su fortaleza y con su postura de hombre que se va a lanzar hacia adelante, Carter más bien parecía un delantero de *rugby* en la final de la Liga Americana, pero cualquiera que le conociese bien se habría dado cuenta de lo cansado, de lo derrotado, de lo hundido que estaba. Mientras intentaba calmarse, balbució:

—Oye, Sutter.

—Le oigo, jefe.

—¿Habéis registrado todo el edificio?

—¿Por qué me lo pregunta si usted mismo ha estado allí, teniente?

—De acuerdo, pero hay que repetir las cosas, una y otra vez. ¿Han dejado alguna pista?

—Ninguna, teniente.

—¿Y en el coche? ¿Algún papel? ¿Algún indicio?

—Usted mismo lo ha revisado hace una hora.

—¡Yo tengo sólo dos ojos, maldita sea, mientras los de la Brigada Técnica tienen doce! ¿Qué han dicho sus detectores? ¿Y sus microscopios? ¿Y sus aparatos de rayos?

—Nada, teniente. El coche era robado y todos los papeles corresponden al legítimo dueño. Las huellas abundan, pero nos sirven de poco, porque ya sabemos quiénes han sido los asesinos: *Billy Cara Quemada*, Rayan, Mulford y una mujer a la que tratamos de identificar. Los técnicos dicen que las huellas pertenecen a una mujer joven y sana, sin ninguna duda. Debían estar muy excitados durante el viaje, porque la exudación de la piel era tremenda. Esa exudación permite a los técnicos estudiar más cosas de la mujer, pero hasta ahora sólo han llegado a unas pocas conclusiones: se trata de una hembra joven y sin enfermedades, que no está fichada. Dentro de una hora quizá sepamos algo más.

—No tenemos una hora —gimió Carter.

—¿Y qué quiere que haga? ¡Me estoy volviendo loco!

—Vamos a repasar todos los puntos otra vez —murmuró el teniente—. Voy contigo.

Volvió a la sala contigua, sin acordarse ya del café. El cigarrillo lo escupió sobre una papelera. Empujó la puerta con el pecho sin darse cuenta de que estaba a punto de partirla. Su cuerpo de atleta irrumpió en la sala de control como un torbellino: pero, sin embargo, arrastraba los pies. No por cansancio físico, sino por los nervios; estaba al borde mismo de sus fuerzas.

La sala constaba de varias mesas de trabajo, pero los elementos esenciales radicaban en las cuatro paredes. En una de ellas había un enorme plano de Nueva York con la situación de los coches patrulla, situación que podía seguirse mediante un juego de puntos fosforescentes; en las otras dos, unos planos más detallados aún indicaban lo mismo, pero en los distritos de Manhattan-Bronx y

Queens-Brooklyn. Lo más importante, sin embargo, era el enorme *planning* donde podía seguirse, no sólo la posición de los coches patrulla, sino marcarse zonas sospechosas, calcular por computadora el número de hombres necesarios para acordonarlas y delimitar edificios donde había que investigar, señalándose también las conexiones con otros, por ejemplo, alcantarillas o galerías de servicio que permitían huir de ellos.

Sutter estaba allí, junto con varios técnicos más. Hizo un gesto preocupado al ver a Carter.

—Acabo de recibir otra comunicación, teniente —susurró—. Los últimos patrulleros informan que se ha perdido el rastro.

Carter miró el *planning*.

Estaba haciendo un terrible esfuerzo de memoria para recordar los ficheros de la Metropolitana: nombres, direcciones, caras, detalles. Todo lo que se relacionase con Billy y sus hombres, hasta el detalle más insignificante, podía tener importancia. Y el trabajo de auténtico robot de su cerebro empezó a dar resultado un minuto después.

—El bar de Joly —dijo.

—¿Por qué?

—Billy había sido cliente.

—De acuerdo, Carter.

Una rápida orden telefónica partió de allí. Aquella orden significaba que no tardaría ni tres minutos en presentarse un patrullero en el bar de Joly.

Carter continuó:

—La casa de *madame* Pavel.

—¿Aún dura?

—Y lo que durará. Billy había ido a veces.

—Envíe a alguien, teniente.

Carter chascó dos dedos.

—La tienda de Clayman —dijo.

—¿Qué?

—La tienda de Clayman, el anticuario.

—Dirá más bien el falsario, teniente.

—Ese mismo. Tenía amistad con Cara Quemada hace tiempo, y su local está a poca distancia de Central Park. Pueden haber ido allí.

—*Okay*, teniente.

Ésa fue la única gestión que daría resultado. Media hora más tarde, un Clayman derrumbado y con un ojo hecho polvo se dejaba caer en uno de los sillones de las salas de investigación y pedía una palangana para vomitar. Después del golpe de Billy, el estómago todavía le abrasaba.

No intentó ocultar su participación. Dijo, con voz ronca:

—Sí; estuvieron allí, teniente, pero fue a la fuerza. Y les eché en diez minutos.

Carter puso ambas manos sobre los hombros del pobre hijo de perra.

—¿Llevaban una caja metálica como las que emplean los fontaneros para las herramientas? —preguntó.

—Sí, teniente.

—¿Hacia dónde fueron?

—No lo sé, teniente.

—¿Hacia dónde fueron?

Las manos de hierro le estaban zarandeando. Clayman clavó en el joven una mirada venenosa.

—No lo haga, teniente —le aconsejó—. Usted sabe que no me puede tocar.

—Tampoco lo intento —dijo Carter con desánimo, mientras le soltaba—. Nunca he pegado a nadie y ya soy demasiado viejo para empezar ahora. Sólo quiero saber si escuchaste algo.

—Escuché lo que pude, teniente, y quiero colaborar. Le juro que quiero colaborar. Me metieron en ese lío a la fuerza y pienso salirme de él con la piel entera.

—¿Qué fue lo que escuchaste, buen hijo de mala madre?

—Poco.

—No empieces a darle vueltas al asunto, medianena. ¿Qué es ese poco?

—Un nombre.

—¿Cuál?

—Mabel.

Carter apretó los puños.

—Eso no dice nada, Clayman.

—¿Y qué quiere que le haga? Es lo único que oí.

—¿La chica que les acompañaba se llama Mabel?

—¿Cómo sabe que les acompañaba una chica? Yo no lo he dicho

aún.

—Está claro por las huellas digitales y está claro porque ella había alquilado el apartamento en que apareció fiambre el idiota de James —explicó con paciencia Carter—, pero allí dio un nombre falso y, por lo tanto, hay que averiguar todavía cuál es su identidad auténtica. De todos modos, lo de la chica está claro. Dime: ¿oíste si la llamaban Mabel?

—No. La llamaban Jessica.

El sargento anotó el nombre. Carter le hizo una seña porque ya sabía dónde tenía que investigar: un buen sitio era la propia compañía Paniker.

Mientras el sargento llamaba, Carter preguntó con paciencia:

—El nombre de esa tal Mabel, ¿lo relacionaron con algo? ¿Con alguna casa, una calle, una marca de coches, un bar, con cualquier cosa...?

—No, teniente. Le juro que quiero colaborar, pero solamente oí el nombre.

—Repite en qué circunstancias lo oíste. Por ejemplo, repite más o menos la frase que decían.

—No sé... Algo así cómo estar loco... Y Billy contestó: «Por eso mismo».

—¿Qué quería decir? ¿Como si la locura se relacionara con el nombre de Mabel, de alguna forma?

—¿Y yo qué sé, teniente? Le juro que quiero colaborar. Pero eso es cosa suya.

—Con tanta colaboración me estás dando dolor de cabeza, macho. Pero no te asustes, no te asustes... Tú tranquilo. Sólo quiero que me vuelvas a repetir esa frase.

—Pues sí... Era eso, sólo eso. Que si estaba loco, que si Ku... Ku...

Carter tensó el cuello.

—Ku..., ¿qué? —preguntó.

—No sé. Debía ser un apellido.

Carter hizo una seña.

—La guía telefónica —pidió.

Le puso delante de los ojos a Clayman, una y otra vez, todos los nombres que empezaban por Ku, y que en Nueva York son una auténtica colección. Clayman los repasó una y otra vez, pero al fin

hizo un desesperado movimiento de cabeza.

—Nada —dijo—, aunque tal vez... Bueno, me parece que era un nombre corto. Sí, eso es... Quizá dos sílabas.

Carter chascó dos dedos. El tiempo estaba pasando y él sentía que cada minuto era decisivo, pero no podía hacer nada más. Con toda la paciencia fue leyendo los apellidos que empezaban por Ku y que tenían dos sílabas.

Sin resultado.

Clayman no recordaba nada. De eso estaba seguro, porque Clayman no tenía el menor interés en mentir, ni en verse metido hasta el cuello en aquel pringue donde había nada menos que dos policías muertos.

El teniente dijo al fin:

—De acuerdo, lárgate a tu casa.

—¿Es... estoy libre?

—Sí, pero no salgas de la ciudad. Mañana recibirás una citación del fiscal del distrito. Que él decida si fuiste encubridor o no; si ayudaste a aquellos tipos con violencia o premeditadamente.

—Estoy seguro de que el fiscal me comprenderá, teniente.

—Mejor para ti.

—No sabe lo que me alegra salir de este manicomio.

Y fue hacia la puerta.

De pronto, se detuvo.

—Mani... mani... manicomio... —susurró.

Carter se volvió.

—¿Qué pasa? —preguntó, con voz lejana.

—¡Eso es! —gritó Clayman—. ¡Manicomio!

—¿Y eso qué tiene que ver?

—¡Ahora lo recuerdo! Ellos pronunciaron esa palabra. ¡Seguro que sí! ¡La pronunciaron! Manicomio.

Carter se convirtió en una especie de torbellino. Como si quisiera romperla, sujetó con las dos manos la guía telefónica. Miró ansiosamente todos los apellidos que empezaban con Ku y que podían tener alguna relación con un manicomio. Sólo encontró uno. La clínica mental de Mabel Kutzman, en el condado de Meadow.

Ya estaba.

Tenía que ser ella. Mabel Kutzman.

Ése era el sitio.

Mientras se derrumbaba en un sillón, pidió:

—Que se vaya ese tipo. Oye, Sutter, ponme inmediatamente con el fiscal del distrito. Necesito que me apoye para conseguir una orden de registro, porque si él no la pide conmigo, el juez no me la concederá.

—En seguida, teniente.

El fiscal del distrito estuvo al aparato en medio minuto, pero no colaboró. El fiscal del distrito había tenido dos disgustos de órdago por ensuciarse en un par de maniobras de la policía que no estaban nada claras y ahora veía, por todas partes, fantasmas y maniobras políticas que podían hundirle a él, un ciudadano tan respetable. El fiscal del distrito no quería apoyar, sobre todo, la orden de registro de un manicomio, porque la asistencia psiquiátrica ya había provocado bastantes escándalos en la ciudad. Le dijo a Carter que se las apañara solo.

Carter fue a ver al juez.

Tardó media hora en volver, pero cuando volvió lo hizo con las manos vacías. Carter estaba derrumbado, y cuando se dejó caer en uno de los sillones, tuvo la sensación de no ser más que un sucio guiñapo.

—Ese juez es un hijo de la gran zorra —fue todo lo que dijo.

Sabía que aquel juez era un hombre que se había comprado y vendido cien veces, pero en cambio ahora se mostraba extraordinariamente puntilloso en el respeto a la ley. Nada de registros si no había una evidencia. Nada de fiarse de palabras sueltas que había escuchado un inmoral como Clayman, y que, además, podían ser una pista falsa. Nada, sobre todo, de meter las narices en una institución privada como la Kutzman, en la que se barajaban cientos de miles de dólares cada año.

Sutter murmuró:

—De todos modos, y a pesar de lo que usted piensa, el juez tiene razón, teniente. No se puede montar un *show* sin otra evidencia que las palabras de un granuja como Clayman.

Carter se pasó una mano por la cara.

De pronto, le pesaban los párpados como si fuese a quedar dormido allí mismo.

—Clayman no ha mentido —dijo—. Conozco a ese hijo de zorra. Estaba asustado y no ha mentido. Tengo la absoluta certeza de que

esos asesinos se han refugiado allí.

—¿En un manicomio? ¡Están locos!

Y en seguida el sargento se dio cuenta de que acababa de decir una incongruencia. Si estaban locos, era la mar de lógico que se hubieran metido en un manicomio. ¿A qué asombrarse tanto?

Como si no le hubiera oído, Carter añadió:

—Pueden haberse metido allí a la fuerza, por supuesto, pensando que es uno de esos sitios que la policía no registra, pero también pueden tener en el manicomio alguna amistad o ejercer alguna especie de chantaje. Eso es imposible averiguarlo ahora, pero tengo una sola y absoluta certeza: están allí.

Sutter balbució:

—Muy bien, están allí, pero ¿qué puede hacer, teniente? ¿Esperar a que salgan?

—Ésa podría ser una solución si no hubiese de por medio tantos muertos. La gente está asustada y quiere resultados rápidos. La prensa se nos echará encima. Cualquier dilación que no expliquemos, resultará una catástrofe.

—Pues entonces ya me dirá qué se puede hacer.

Los nudillos de Carter crujieron.

—Ya está —musitó.

—¿Ya está qué?

—Me meteré allí.

—¿Qué le pasa, teniente? —balbució el sargento—. ¿Ha bebido? ¿Sabe lo que significa meterse allí?

—Sí, claro que lo sé. Fingir que uno está loco.

—No podrá conseguirlo, Carter.

—Claro que podré conseguirlo. He visto a docenas de asesinos hacerse el chalado, y lo han hecho tan bien que hasta los jurados estaban dispuestos a dar dinero para que los metiesen en un manicomio. Un buen psiquiatra me puede orientar, y, por otra parte, mis compañeros de la Brigada me harán una magnífica ficha.

—¿Qué ficha, Carter?

—La de un maníaco peligroso.

—¿Se da cuenta de lo que eso significa?

—Claro que me doy cuenta: unos informes amañados, una ficha amañada, unas fotos, un crimen que no sea verdad, pero que lo parezca, y una orden para que se me retenga allí hasta que el

tribunal decida juzgarme. No es tan difícil, después de todo.

—¿Y qué crimen piensa atribuirse, Carter?

—Soy un maníaco, ¿no?

—Mientras sea para desembrollar este asunto, todo me parece bien, teniente. Pero ¿qué clase de maníaco? ¿Qué es lo que se va a atribuir? ¿Qué salvajada habrá hecho?

—Puedo ser un maníaco sexual. Ésos son los que van a los manicomios, preventivamente, hasta que comparecen ante el jurado. Nadie se extrañará.

Apretó los puños y añadió, secamente:

—Habré atropellado y asesinado a una chica.

—¿Qué chica?

—Cualquier auxiliar de la policía me servirá.

Sutter torció el gesto.

—Cualquier chica auxiliar de la policía colaborará con mucho gusto —masculló—, pero eso de que se deje asesinar, lo dudo.

—No le tocaré un pelo de la ropa. Todo será fingido, claro.

—Pues qué lástima...

Carter hizo un gesto.

—Sí, es una lástima —confirmó—, para que la cosa ofrezca un cierto realismo tendré que darle algunos achuchones y luego partirle la boca.

—Eso es lo de menos, teniente. Ella dejará hacer. Pero ¿y luego?

—¿Luego, qué?

—A usted le tratarán como a un loco peligroso. No podrá evitar que los del manicomio hagan su trabajo normal. Le inyectarán todo lo que les dé la gana, le someterán al electroshock, le harán varios tests, le...

Carter cerró un momento los ojos.

Se daba cuenta de lo horrible que podía ser todo aquello. Comprendía que quizá, al dar aquel paso, se situaba en la mismísima antesala del infierno.

Pero toda su reacción fue ponerse en pie. Avanzó hacia la puerta mientras Sutter le seguía como un autómatas.

—Ante todo, necesito una chica —gruñó Carter.

—Yo también, pero ¿qué clase de chica?

—Una a la que no le importe colaborar en tales condiciones.

CAPÍTULO VII

Una chica a la que, al parecer, no le importaba lo que iba a sucederle estaba allí, ante los ojos fanatizados de Billy *Cara Quemada*, mientras éste penetraba en el sanctasanctórum del manicomio que era el despacho de Mabel Kutzman. Distinguió su belleza joven, sus líneas tensas y potentes, su combinación negra y sus ojos un poco asustados, pero duros. Quizá otra mujer se hubiese puesto a gritar, pero ella preguntó sencillamente:

—¿Qué quiere?

—Supongo que es Mabel Kutzman —dijo Billy.

—Sí, soy Mabel Kutzman. ¿Qué pasa?

—Necesito hablar con usted.

—¿Cómo le ha dejado pasar mi secretario?

—Le he convencido.

La hermosa mujer pareció darse cuenta de lo que aquello significaba. Pareció darse cuenta de que, en efecto, le había convencido y no valía la pena hablar más de aquello. Con gestos calmosos, se puso una bata blanca.

—Me estaba cambiando para dar un pequeño paseo —dijo, señalando los vestidos de calle que había en un armario empotrado—. Está bien... Siéntese.

Ella también lo hizo. Su serenidad y su sangre fría resultaban admirables, pues ya tenía motivos más que suficientes para saber que se encontraba ante un fuera de la ley. Pero en un manicomio donde había bastantes locos peligrosos, ¿qué tenía eso de extraño? ¿No estaría ella acostumbrada a tratar a tipos peores que Billy *Cara Quemada*?

—¿Qué quiere? —dijo.

—Soy yo quien pregunta.

—De acuerdo —musitó ella, con un cierto mohín de desprecio—. Pregunte.

—¿Por qué está usted recluida aquí? ¿Por qué no visita?

—Visitan mis ayudantes. No es necesario que yo lo haga.

—Sólo ha contestado una parte de mi pregunta. ¿Por qué está recluida aquí?

—No puede decirse que esté recluida. Periódicamente me encierro para estudiar los casos con perfecta calma. Mis ayudantes ya lo saben y, por consiguiente, nadie me molesta.

—Por lo tanto, ¿nadie entra en esta parte del establecimiento?

—Si se refiere a la casa de piedra en que estamos ahora, le contestaré que nadie entra durante mi temporada de estudio. Bueno, es decir... Como el manicomio debe seguir funcionando, vienen aquí las personas indispensables, pero las atiende mi secretario. A mí me dejan en paz durante esos días si no ocurre un caso de extremada urgencia.

Billy apenas pudo disimular una leve sonrisa de satisfacción, porque aquello era mucho mejor de lo que había imaginado al principio. En el edificio de piedra tendrían un refugio seguro en el que, además, la propietaria del centro —sin que nadie se extrañase— estaría prisionera y convertida en una especie de rehén.

—¿Cuántas personas hay aquí? —preguntó.

—Unos cuantos enfermos muy graves y que requieren un control directo... Bossen, que es mi administrador y secretario... Dos guardaespaldas; es decir, dos enfermeros capaces de frenar a cualquiera... y yo.

—¿Cómo es que esos guardaespaldas no me han frenado a mí? —preguntó Billy, mientras se ponía en guardia.

—Ellos esperan instrucciones —dijo fríamente la mujer, cada vez más segura de sí misma—. No necesitan más que un aviso.

Y señaló un timbre rojo que había sobre un tablero de la mesa. Billy se dio cuenta, con un estremecimiento, de que las cosas no estaban tan bien como él había creído. Mientras la miraba fijamente a los ojos, se apresuró a jugar su carta.

—Mabel, yo conocí muy bien a su padre —dijo, con voz pausada.

—¿Mi padre? ¿Cómo llegó a conocerlo?

—De una forma muy poco corriente —contestó Billy, con la misma voz tranquila—. Cometí un atraco con él.

Los cuatro policías que salieron al galope del coche patrullero

conocían al teniente Carter, pero estaban perfectamente entrenados para tratarle como un hijo de perra al que no hubieran visto jamás. Se metieron en el callejón y esgrimieron sus pistolas de reglamento mientras empezaban a echar baba como perros a los que no han sacado de paseo en un mes.

Dos minutos antes habían recibido una llamada telefónica: «Parece que están asaltando a una chica en el callejón. Lleva gritando un cuarto de hora».

La clásica situación de los barrios bajos de Nueva York. El aviso del vecino que, como máximo, se molesta en avisar a la policía porque los gritos de la víctima no le dejan dormir, pero que no mueve un dedo más para evitar que la tragedia se consume. Los policías se dieron cuenta de que esta vez habían llegado demasiado tarde.

Bueno, eso era, además, lo convenido.

La preciosa muchacha de apenas diecinueve años estaba tendida en el suelo, entre un pequeño charco de sangre que provenía de su cara molida a golpes. Su ropa estaba hecha jirones y dejaba ver partes generosas de su extraordinario cuerpo. Había estado luchando hasta el límite, pero ahora ya no podía más. Jadeaba roncamente. Una especie de loco furioso, un hombre joven y atlético, estaba sujetando el cuerpo caído y apretaba ansiosamente, con ambas manos, la garganta femenina. Cuando los policías estaban llegando al lugar de la escena, todo el cuerpo de la preciosa muchacha se contrajo y, tras un espasmo, quedó espantosamente quieto.

Los policías no se entretuvieron en detalles. Tenían orden de hacer las cosas bien. Dos culatas se abatieron salvajemente sobre el cráneo del teniente Carter.

Se oyó un ronco gemido. La sangre saltó. El corpachón del asaltante salió despedido contra una de las paredes.

Inmediatamente tres agentes saltaron sobre él. Eran unos irlandeses de cien kilos cada uno que hubiesen podido acoger a un bisonte rabioso. Lo molieron a golpes y lo convirtieron en una piltrafa mientras lo llevaban al coche.

Otro de los patrulleros se inclinó sobre la chica. Con un chillido casi rabioso, casi desgarrado, como si la que estaba allí fuera hija suya, anunció para que le oyesen bien todos los testigos que habían

ido llegando a la boca del callejón:

—¡Muchachos, atizadle bien! ¡Ese sucio asesino ha acabado con ella! ¡Está muerta!

—Nada de fotografías... El detenido tiene derecho a negarse, según la ley. Fuera todos de aquí... Fuera... ¡Fuera!

El propio capitán Murray echó a empujones a los fotógrafos mientras un cuerpo de atleta, con el traje todavía roto, avanzaba por el pasillo, llevando la cabeza cubierta por un abrigo para ocultar su rostro. Dos policías casi lo arrastraban, mientras docenas de *flashes* jalonaban su paso. Como un guiñapo, aquel bulto humano fue introducido en el despacho de Murray. La puerta se cerró.

Un periodista empezó a aporrearla.

—¡Murray! ¡Capitán Murray! ¡Abra a la prensa de una maldita vez! ¡La gente tiene derecho a saber qué pasa!

Murray gritó educadamente, desde dentro:

—¡Me cisco en el padre de toda la gente!

—¡La ciudad tiene derecho a enterarse! —insistió el periodista.

—¡Me cisco en la madre de toda la ciudad!

Antes de que alguien mencionara a su propia madre de una forma más directa, el periodista se largó. Dos mastodontes vestidos de azul taponaron entonces la puerta.

Dentro del despacho, Murray dio un cigarrillo a Carter, que ya se había quitado el abrigo de encima.

—Magnífico trabajo —dijo—. ¿Le duelen los golpes?

—Estoy molido —confesó Carter, mientras se restañaba la sangre.

—Quizá esos chicos se han excedido un poco. Los elegimos entre cuatro exboxeadores, ¿sabe? Para dar más realismo.

—Pues un poco más y mi misión se termina allí —musitó Carter, mientras se colocaba la mandíbula en su sitio—. Pero de todos modos, reconozco que las cosas tenían que hacerse bien o era mejor no hacerlas.

Como a causa de los coágulos de sangre que se habían formado en su boca, no podía fumar el cigarrillo, lo arrojó. Luego comentó, con voz pastosa:

—¿Qué hacían tantos fotógrafos ahí? No los esperaba. Por un

crimen más en Nueva York, no se desplaza la prensa de media ciudad.

—No ha sido ninguna casualidad —dijo Murray—. Los había citado yo para darles un informe, y he hecho coincidir su salida con la llegada de usted. De ese modo, les he puesto las cosas en bandeja para que este crimen se convierta en un escándalo.

—Con lo cual corremos el peligro de exagerar. Es posible que alguno de esos fotógrafos trate de colarse en el manicomio de Kutzman cuando me metan allí.

—No, no lo conseguirán —aseguró Murray—. Los vigilaremos.

—¿Y la chica? ¿Cómo está la chica?

Murray retrucó con otra pregunta:

—¿Se ha portado bien?

—Demasiado bien —gimió Carter—. Cada vez que le pegaba, era como si me partieran mi propia boca.

—Lorena Place es una de nuestras mejores auxiliares —dijo el capitán—. Por supuesto, se ofreció voluntaria para este trabajo. Oficialmente ha muerto y conservamos su cadáver en una sección especial de la «nevera» de la Morgue, a disposición del tribunal, cuando el juicio se celebre. Por descontado que nadie verá ese cadáver y ningún familiar lo reclamará. Todo está previsto.

—Y mientras tanto, ¿qué hará ella?

—Desaparecer. Le hemos dado unas vacaciones en México.

—Y supongo que le habrán pagado ropa nueva.

Murray dijo con envidia:

—Sí.

Tenía la mesa llena de fotos —ésas sí que iban a ser distribuidas a la prensa— en las que se veía el precioso cuerpo de Lorena tendido en el callejón. Causaba impresión, pero no era sólo por la tragedia.

Inmediatamente, Murray llamó a sus colaboradores. La segunda parte de la operación empezaba ahora.

—Hay que hacerle una ficha muy suculenta —dijo, mirando a Carter—. La policía de Los Ángeles ha colaborado, y nos acaba de enviar unos datos amañados que nosotros completaremos. Usted ya asesinó a una niña en Beverly Hills, ¿se entera? El hecho sucedió realmente, pero el asesino aún no ha sido hallado, de modo que aunque la prensa husmee, no va a encontrar ninguna contradicción.

En Nueva York cometió varios asaltos nocturnos en Central Park, dos de los cuales tuvieron éxito; es decir, hay dos asaltos más. Con esa historia y lo de hoy, van a querer examinarle incluso los psiquiatras que viven en Alaska.

Carter chascó dos dedos.

—Todo eso está muy bien para vestir el asunto —musitó—, pero no se puede perder tiempo. ¿Cuándo me ingresan en el manicomio de Kutzman?

—Mañana por la mañana. Se lo he propuesto al juez y el juez va a aceptarlo porque cree que la historia es real.

—Pero aquélla es una clínica privada. Oficialmente, ¿quién paga los gastos?

—El Estado. Me he preocupado de demostrar que no hay plazas en otro sitio.

Carter asintió. Notaba sobre su rostro la mirada fija e inquieta de su superior, una mirada que casi reflejaba lástima.

—Teniente... —musitó Murray al fin.

—¿Qué?

—¿De veras sabe lo que hace?

—Me temo que es lo único que puedo hacer, señor. Y cuando las cosas ya no tienen remedio, no se piensan.

—¿Se da cuenta de que, una vez allí, ya no va a poder ayudarle nadie, absolutamente nadie?

Carter dijo, por entre sus labios apretados:

—Cumpló con mi deber.

—Pero puede que llegue a perder incluso la noción de sí mismo. Le someterán a interrogatorios inacabables, a duchas frías, a drogas, a lavados de cerebro, tal vez.

—Estoy preparado para todo —se limitó a decir Carter, fríamente.

—La mente humana está preparada para todo y no lo está para nada —susurró Murray, con la mirada perdida—, por la sencilla razón de que es un mundo desconocido para nosotros. Hemos llegado a la luna, pero no hemos llegado a las células de nuestro propio cerebro. Usted se puede sentir traicionado por su mismísimo cerebro dentro de unos días, cuando no sepa ni siquiera quién es.

Carter cerró un instante los ojos.

Sí. Durante las últimas horas había pensado docenas de veces en

eso.

Podía fiarse de sus músculos, de su corazón, pero no sabía si podía fiarse de los secretos de su propio cerebro.

Al fin apretó los labios de nuevo.

Dejó de pensar.

Tenía que seguir. Era su deber.

Mientras se acercaba a los que iban a hacerle la ficha, murmuró:

—Bueno, muchachos, supongo que en el informe vais a ponerme como un trapo sucio, pero al menos me cabe un pequeño consuelo: ninguno de vosotros va a escribir que soy de la acera de enfrente...

CAPÍTULO VIII

Cuando las puertas del manicomio se abrieron ante él, Carter se dio cuenta de que estaba muy cerca de su triunfo, pero al mismo tiempo muy cerca de su muerte. Acababa de entrar en otro mundo, un mundo en el que regían unas leyes completamente desconocidas y que él no podía dominar. El chirrido de aquellas mismas puertas, al cerrarse a su espalda, le indicó que quizá había dado el último paso de su vida y el primer paso de su muerte. Que había dejado ya atrás la barrera que marca el principio del infierno.

El primer lugar al que le trasladaron fue una sala blanca y perfectamente aséptica en la que tres enfermeros de una gran corpulencia se hicieron cargo de él. Para no provocar ninguna reacción en contra suya, Carter se mostraba perfectamente tranquilo y como si se hubiera olvidado de todo. Esa reacción de hundimiento y al mismo tiempo de plenitud —es decir, de encierro en sí mismos— es muy habitual en los maníacos que acaban de cometer un crimen, de modo que los médicos no tenían por qué extrañarse de ella.

Mientras le hacían sentarse en una banqueta fija, Carter miró disimuladamente en torno suyo. Se dio cuenta de que estaba en uno de los dos pabellones blancos del manicomio, unos pabellones magníficos y rodeados de árboles y césped, pero más allá, a quinientas yardas, distinguía a través de las ventanas un edificio que llegaba a obsesionarle. Era un viejo y oscuro caserón de piedra que parecía hecho para una película de horror.

Por otra parte, todo en aquel establecimiento reflejaba pulcritud y orden. Pese a que allí se hospedaban por cuenta del Estado algunos criminales (como él mismo, por ejemplo), la inmensa mayoría de los pacientes eran personas ricas, cuyos familiares pagaban un tratamiento de primera clase. Eso hacía que incluso los enfermeros más brutales se comportasen con una exquisita

corrección.

En presencia del médico que estaba de servicio, Carter dio los datos para rellenar su ficha de ingreso. Con relación a la ficha que adjuntaba la policía, dejó caer un par de contradicciones muy bien estudiadas para indicar que estaba majareta, pero lo demás pasó como una seda. El médico le preguntó:

—¿Sabe por qué está aquí?

—Sí. Por una injusticia.

—¿Qué clase de injusticia?

—Porque le di lo suyo a una zorra.

—¿Quién le ha dicho que era una zorra, Bass?

(Bass era el nombre falso que constaba en la ficha. Carter se había acostumbrado tanto a él, que incluso funcionaban sus reflejos cuando lo oía pronunciar a alguien).

—Lo era —dijo tenazmente.

—Bien, pero ¿cómo lo sabe?

—Me provocó. Todas las mujeres viven de eso: provocan y luego se hacen las virtuosas. No sirven para otra cosa.

—¿Por eso «le dio lo suyo»?

—Sí.

—¿Usted odia a las mujeres, Bass?

El le miró con una expresión casi infantil de sorpresa en los ojos.

—¿Odiarlas? —musitó—. ¿Quién ha dicho eso? Yo sólo deseo acariciarlas. Yo sólo deseo ser suave y tierno con ellas. ¡Qué tontería! Pero ¿quién puede pensar que las odio?

Y trató de reír, pero la risa se le quebró en la boca. El médico siguió preguntando:

—¿Conoció a su madre?

Eso estaba en la ficha, y, por lo tanto, Carter dijo rápidamente:

—Sí.

—¿Le gustaba su madre?

—¿Qué?

—Preguntó que si le gustaba su madre.

Carter se dio cuenta de por dónde iba la cosa. Conforme le habían aconsejado los psiquiatras de la policía, desvió la cuestión, contestando con la mirada perdida:

—Yo la quería.

—Perfecto, usted la quería. ¿Y ella a usted?

—No sé.

—¿Por qué no lo sabe?

—No sé.

El médico sonrió levemente porque sabía que estaba en el buen camino. Mientras alzaba un poco la mano, dijo:

—¿Ella se relacionaba con otros hombres?

—¿Quiere decir que si tenía amigos?

—Sí, eso justamente quiero decir. Que si otros hombres venían a la casa y se acostaban con ella.

—Pues... —Carter empezó a fingir que se ponía nervioso—. Bueno, sí.

—¿Cuántos?

—No lo sé. ¿A mí qué me pregunta? ¡No lo sé!

—Bueno, pero quizá sepa si alguna vez le echaban de casa.

—Sí. Me enviaban a jugar al jardín. Aunque hiciera frío, me dejaban en el jardín pudriéndome. Y mi madre lo consentía.

—¿Usted la oyó reír mientras estaba con alguno de aquellos hombres? ¿Se dio cuenta de si era feliz?

Los dientes de Carter rechinaron peligrosamente.

—No parecía desgraciada —musitó—. No, desde luego no lo parecía... la... la...

—¿La qué?

—Nada.

—Iba usted a decir algo, Bass, y todavía lo está pensando. Dígamelo. No va a pasar nada porque hable, al contrario. Dígamelo.

Carter terminó la frase que parecía tener entre labios, mientras susurraba:

—La muy puerca.

Y cayó en una especie de postración. Ni siquiera pareció oír al médico cuando le hizo nuevas preguntas. El psiquiatra, al fin, pareció pensar que ya era bastante por aquella noche. Con voz rápida, decidió:

—Mañana seguiremos. De momento, a la habitación ocho.

—¿Al lado de Cramer?

—Sí.

Los enfermeros hicieron levantar a Carter.

—Arreando, Bass —dijo uno de ellos—. Ahora te vamos a dar una ducha, ropa limpia y un pijama. Te vamos a llevar a una

habitación donde tendrás un buen compañero y donde vivirás tranquilo si nos dejas tranquilos a nosotros. Es el único consejo que debes aprender, ¿sabes...? El único: *tú, buen chico*.

Carter asintió con una cabezada. Parecía hundido por completo. Arrastrando los pies, se dejó hacer todo lo que le hacen a un loco peligroso, pero todavía en observación, que acaba de ingresar en un manicomio.

Luego le metieron en la habitación de Cramer, una pieza blanca con dos camas y con hierros en la única ventana. Cramer era un tipo gordo y sudoroso que al principio no le dijo nada, pero que apenas Carter fingió dormir, se abalanzó sobre él.

—Me han dicho que has violado a una chica... —jadeó, enviándole el aliento a la cara—. ¿Cómo estaba ella? ¿Era joven? ¿Ha chillado mucho? ¿Qué le has hecho? Hala, cuenta, cuenta...

Carter tuvo que girar la cabeza.

Sentía una horrible náusea.

Billy *Cara Quemada* paseó una mirada triunfal por la habitación que iba a compartir con Rayan y Mulford, sus dos lugartenientes. Esa habitación estaba situada en el mejor sitio del edificio de piedra y desde ella se divisaba la entrada de la clínica mental, por lo que podían ver el movimiento que pasaba por ella y prevenir cualquier sorpresa. No sólo había llegado a un acuerdo con Mabel Kutzman después de su conversación con ésta, sino que Mabel estaba a su disposición. Ella sabía muy bien que si Billy era capturado allí dentro, se hundiría, también, el pequeño imperio de aquella clínica.

La habitación constaba de tres camas, tres armarios, tres mesillas, varios asientos y una gran mesa central. Cosa nada frecuente en los manicomios, aquella mesa estaba materialmente cubierta de revistas alegres, naipes y botellas de *whisky*.

Si tenían que pasar allí un par de semanas, por lo menos iban a pasarlas sin aburrirse demasiado.

Mientras Billy ligaba un solitario con los naipes, la puerta se abrió y entró Mulford en la habitación. Vestía una bata blanca de sanitario, aun cuando no sabía ni coger una jeringuilla; sus compañeros iban vestidos del mismo modo, pues convenía evitar todo lo que pudiera llamar la atención.

Billy le miró fijamente.

—¿Qué? —preguntó.

—Todo bien.

—¿Cómo está organizado esto?

—De una forma muy sencilla: en los pabellones hay mucho movimiento, pero cada uno de ellos tiene una autonomía total. Quiero decir que los médicos y enfermeras de uno pasan días sin verse con los del otro, porque son especialidades distintas. Ninguno de ellos se acerca a la casa de piedra, donde estamos ahora, durante el tiempo que Mabel emplea en estudiar los casos.

Supongo que durante cinco o seis días más nos dejarán en paz.

—¿Quién sale y entra del manicomio?

—Bueno... Mucha gente. Médicos, enfermeras, encargados del reparto, familiares de los enfermos... Ya se sabe. Mucha gente, de verdad. Pero el caso es que en la casa de piedra no entra nadie, de modo que estamos seguros.

—¿Y aquí quién manda?

—En este sitio manda única y exclusivamente Mabel Kutzman. Las órdenes, sin embargo, las da en su nombre Bossen, ese administrador que tiene y que emplea a los dos guardaespaldas como vigilantes. Esos tipos siguen ciegamente las indicaciones de Mabel, de modo que si ella no nos traiciona, ellos tampoco nos traicionarán.

Billy arrugó el ceño. Había una cosa que le preocupaba y a la que hasta entonces no había tenido tiempo de dedicar atención.

—¿El teléfono? —musitó.

—¿Quieres decir que ella puede llamar a la policía sin necesidad de moverse de su despacho?

—Sí, eso es exactamente lo que quiero decir.

—No hay peligro —dijo Mulford—. En primer lugar, no le interesa hacerlo, y en segundo lugar he comprobado que todas las líneas, enteramente todas, pasan por una centralita que está en el pabellón número uno. En esa centralita he colocado a Jessica, de modo que ella puede controlarlo todo.

Billy sonrió. En su cara quemada, aquella sonrisa compuso una extraña mueca.

—Buen trabajo, Mulford, pero ¿no sospecharán? ¿Qué ha sido de la verdadera telefonista?

—En eso hemos tenido suerte. Estaba enferma, y yo he presentado a Jessica como su sustituta.

—Pero Jessica no estará allí más de ocho horas. ¿Qué pasará luego?

—Por descontado que las telefonistas de los otros turnos pueden enviar un mensaje, pero también he previsto eso. He explicado muy bien a Jessica lo que tiene que hacer para colocar un micro debajo del tablero cuando no esté ella, de modo que desde aquí oiremos todo lo que se habla.

Billy *Cara Quemada* hizo crujir sus nudillos. Se sentía completamente tranquilizado. Mientras miraba a Mulford, susurró:

—La cabeza te sirve para algo más que para llevar el sombrero, macho.

—En este asunto estoy metido hasta el cuello, como tú mismo, Billy. Si cometemos un descuido, todos seremos las víctimas.

—No habrá descuidos. Claro que no los habrá... Y en cuanto al personal del manicomio, ¿qué has podido observar allí?

—No he tenido tiempo de husmear gran cosa, porque he tenido que hacer el papel de un ayudante novato y eso te abre muy pocas puertas, pero por lo que sé, hay dos locos peligrosos de verdad.

—Bueno, éste es un sitio donde meten a cualquiera mientras la familia pague, ¿no? Incluso a tíos que están esperando juicio por asesinato...

—Sí, pero dos de ellos hacen estremecer —dijo Mulford—. No me ha gustado lo que contaban de ellos.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, de Palisade.

—¿Qué pasa con Palisade?

—Aprovecha cualquier material, hasta el más insignificante, para construir un hacha. Mató a dos personas antes de entrar aquí, y una vez dentro hendió el cráneo a una enfermera y le sacó los sesos por las puntas de los pies. Nadie entiende aún cómo logró aquel tío construir un hacha tan perfecta. Por supuesto que un tipo así no está en libertad, pero hay que tener cuidado.

—No te preocupes, que no iré a jugar al póquer con él. ¿Y el otro?

—Digamos más bien la otra.

Billy arqueó una ceja.

—¿Hablas de una mujer? ¿Quién?

—Greta Wolsen.

—La he oído nombrar. Una puerca asesina, ¿no? Atraviesa los ojos de sus víctimas. Supongo que a ésa también la tendrán a pan y agua en un sótano.

—No —dijo Mulford.

—¿Cómo que no?

—Se ha escapado.

—¿Queeeeeé...?

—Se ha escapado —repitió secamente Mulford.

—¡Por todos los infiernos! ¡Eso lo complica todo! ¡No se podrá evitar que alguien avise a la policía para que ponga el manicomio patas arriba!

—Nadie va a avisar a la policía —dijo entonces una voz suave desde la puerta—. Ya no puedo hacerlo.

Todos se volvieron entonces y vieron a Mabel Kutzman, que se empeñaba en no vestir como la propietaria de una clínica mental de gran categoría; llevaba una faldita muy corta, una bata muy escotada y poca cosa debajo, pese a estar en invierno. Sus piernas eran de lo más fantástico que en muchos años había visto Billy *Cara Quemada*, pero ahora no tenía tiempo de ocuparse de cosas tan placenteras. Mientras hacía una mueca, barbotó:

—¿Por qué escuchas detrás de las puertas, guarra?

Honrado el tío no lo sería, pero no podía negarse que al menos bien educado, sí que lo era.

Ella no pareció impresionarse. Murmuró:

—No escuchaba. Simplemente entraba en este mismo momento.

—¿Y qué es lo que has dicho de la policía?

—En primer lugar, quiero saber quién habló de Greta Wolsen.

—Bossen, tu administrador, ese macarra que tienes por ahí.

—No debió hacerlo, pero en fin... Es un asunto que no tiene remedio. Iba a avisar a la policía cuando aparecisteis vosotros. Ahora, ya no puedo hacerlo.

Billy se encogió de hombros.

—Bueno, pues si esa loca se ha escapado del manicomio, y va por la calle y le pincha los ojos a un guardia urbano, ¿a mí qué?

—Es que no se ha escapado del manicomio, Billy.

—¿No? ¿Pues qué ha hecho, entonces?

—*Está dentro.*

En la voz, al pronunciar aquellas palabras, hubo algo vibrante, algo especial, algo denso. Los tres hombres eran carne de patíbulo, pero aun así no pudieron evitar, sin saber por qué, un estremecimiento que les llegó hasta el fondo de la médula.

—¿Dentro? —barbotó Billy, sin querer comprender—. ¿Dentro de dónde? ¿De un W. C.?

—De alguno de estos locales —susurró la mujer, con voz opaca.

—¡Qué tontería! Pero si esto es fácil de vigilar...

—No tanto. No, no es tan fácil... Los pabellones son grandes y esta casa de piedra es vieja y enorme. Tiene unos sótanos que constan de dos pisos. Hay almacenes, hay unos garajes, hay unos talleres donde los enfermos aprenden a trabajar... Por otra parte, los locos son más astutos de lo que la gente cree y se defienden unos a otros. Si alguien la está ocultando, nos dará muchas preocupaciones... Desde hace un par de días observamos, además, que alguien roba comida, lo cual indica que esa mujer está aquí y se alimenta.

Billy *Cara Quemada* hizo un leve gesto de preocupación.

Quizá por primera vez empezaba a arrepentirse de haberse metido en un sitio semejante. Pero al fin se encogió de hombros, porque la clínica mental, al fin y al cabo, ofrecía posibilidades enormes para él, y porque si una loca quería pincharle los ojos, él le iba a pinchar otra cosa. Bueno, pues hasta ahí podíamos llegar.

—Pues como caiga en mis manos —fue todo lo que se le ocurrió decir— la dejo curada de sus tonterías.

La mujer que acababa de entrar no hizo ningún comentario. Por sus ojos pasó una expresión lejana, indefinible, de tristeza y a la vez de miedo. Se retorció los dedos, pero en seguida trató de disimular su nerviosismo, mientras decía:

—Voy a cumplir lo pactado, pero sólo durante cinco días. Cinco días exactamente, ni uno más. Si transcurre ese tiempo y no os habéis marchado de aquí, poco me importará lo que suceda conmigo y con la memoria de mi padre. Mientras tanto, es conveniente que no os mováis en absoluto de esta casa de piedra. Ni una persona más de las que ya os han visto debe veros en lo sucesivo.

—No hay problema —gruñó Rayan—. No tenemos el menor

interés en irnos exhibiendo por ahí.

—De la comida me ocuparé yo misma. Para que nadie note que aquí hay tres personas más y que se consume un exceso de alimentos, haré venir a algunos locos con el pretexto de examinarlos. Oficialmente, se quedarán a comer, pero no probarán bocado. De ese modo no se notará el gasto que hacéis.

—Pues los pobres van a quedar listos... ¿Y no contarán luego a los otros que no han comido?

—No, porque los seleccionaré entre amnésicos, entre personas que no tienen memoria. Al salir de aquí, ni siquiera se acordarán.

Los tres hombres hicieron un mismo gesto de asentimiento. Todo aquello empezaba a parecerles no solamente bueno, sino casi ideal. Lo malo era que sólo podrían permanecer allí cinco días, pero eso aún tenía que discutirse. Mabel Kutzman estaba en sus manos y no tendría más remedio que obedecer durante todo el tiempo que la necesitasen.

Con un gesto de placer, Billy se colgó un cigarrillo de los labios, mientras suspiraba:

—Lástima que aquí no haya enfermeras guapas, como en los dos pabellones de más abajo. ¡Ah...! Y lástima también que el caserón de piedra sea tan siniestro... ¿Has pensado alguna vez en alquilarlo para una película de horror, Mabel? ¿No crees que sería negocio?

Ella no se molestó en contestar. Con la mirada perdida, contempló a través de una de las ventanas la densa niebla que se iba acercando. Media hora después, aquello estaría envuelto en una especie de sudario; aquello parecería una tumba.

CAPÍTULO IX

Lo malo fue que, por la noche, la niebla se había espesado aún más. Había que reconocer que, durante el día, todo aquello tenía un cierto aspecto poético, con los grandes árboles perdidos entre la masa algodonosa y gris. Pero, al caer la noche, cualquier cementerio abandonado hubiera tenido un aspecto menos siniestro que el que tenía la Kutzman Institution, con las luces que apenas se distinguían y con los árboles convertidos en masas negras donde flotaban las sombras. Era la extraña hora de los aquelarres y de los silencios, la insólita hora en que cualquier cosa podía pasar.

Mientras sus compañeros dormían, Billy *Cara Quemada* paseaba nerviosamente por la habitación, dirigiendo de vez en cuando miradas a través de la ventana. No distinguía más allá otra cosa que la masa gris en la que se sentía aislado y perdido.

Descolgó el teléfono y marcó el número de la centralita porque pensó que a aquella hora aún estaría de servicio Jessica. En efecto, oyó su voz.

—Iba a retirarme —musitó ella, al reconocerle.

—¿Quién te sustituye?

—Una mulata, que se pasa la noche leyendo revistas. Por lo visto, aquí de noche no pasa nunca nada.

—¿Han sospechado algo? ¿Has llamado la atención de los médicos?

—No. Estoy en una especie de cabina acristalada y se me ve muy poco.

—¿Y los locos? ¿Se ha acercado alguno por ahí?

—Sí, sólo uno. Ingresó hace muy poco.

—¿Cómo se llama? —preguntó Billy, con expresión de alerta.

—He mirado su ficha: se llama Bass.

—Oye, no será un policía...

—¿Qué diablos ha de ser un policía? Es un tipo que atropelló y

asesinó a una chica.

—¿Y le dejan ir suelto por ahí? ¿Qué quería?

—Supongo que deseaba comunicarse con alguien para tratar de huir. Quería ver cómo estaba la centralita. Pero en seguida han caído cuatro enfermeros sobre él y se lo han llevado a rastras.

Cara Quemada se tranquilizó. De todos modos, ella había notado ya algo extraño en su voz, porque preguntó:

—¿Te has asustado, Billy?

—No. Es que..., es que no me gusta la niebla.

—A mi tampoco, pero en el fondo, nos favorece, porque todo el mundo está encerrado en sus habitaciones. ¡Ah...! La dueña ha venido por aquí.

—¿Mabel?

—Sí.

—¿Y qué ha hecho?

—Se ha fijado en mí, simplemente, pero sin decir una palabra. Yo creo que está asustada y que no nos va a traicionar, con tal de que esto acabe bien para ella.

Billy hizo un gesto de asentimiento. Luego preguntó:

—Ha venido algún enfermo a la casa de piedra, ¿verdad?

—Sí. Dos enfermas, que dicen que tenían que comer ahí.

—¿Han vuelto?

—No lo sé.

—De acuerdo, Jessica; retírate ahora y deja el micro bien colocado. Si notas la menor cosa extraña, no dudes en llamarme.

—*Okay*. No te preocupes, Billy.

—No me vuelvas a llamar, Billy, ¿entiendes?

—Y tú no me vuelvas a llamar, Jessica, idiota.

Y colgó:

Billy gritó:

—¡Oye...!

Estaba rabioso por aquella salida de tono de la muchacha, pero no trataba de reprenderle. Lo único que trataba de decirle era que tuviese cuidado con una loca que andaba suelta, con aquella especie de momia llamada Greta Wolsen, y cuya existencia ella ignoraba seguramente. Pero como Jessica ya había colgado, el asesino se encogió de hombros e hizo una mueca.

Yendo hacia la ventana nuevamente, miró una vez más aquel

vacío espectral y farfulló:

—Cuánta niebla...

La figura femenina se alzó de la butaca, después de abrir los ojos, y miró con un cierto estupor el sitio donde estaba. Se dio cuenta de que era una de las habitaciones de la planta baja; una especie de despacho con muebles anticuados y con una sola ventana por la que no se veía más que una enorme masa gris. Dio unos pasos, se apoyó en la mesa y volvió a pasear una mirada vacilante en torno suyo.

La muchacha tenía veintidós años y llevaba solamente dos meses allí. Incapaz de recordar su nombre, se acordaba sin embargo, de lo que había sucedido a causa de la opresión que sentía en el estómago. La habían llamado allí diciéndole que iba a comer, pero no había probado bocado todavía. Luego le habían dado seguramente un calmante, porque había dormido varias horas, hasta caer la noche.

Volvió a mirar en torno suyo.

Llevaba, como todas las internadas, una bata blanca, aunque por lo demás, ella había podido elegir su propia ropa interior, que era delicada y fina. Con un gesto de estupor fue a salir del despacho, pero se dio cuenta de que la puerta estaba cerrada.

Pese a su casi total falta de memoria, la chica era inteligente y se preguntó qué demonios querían hacer con ella en aquel sitio. Dio media vuelta y vio entonces otra puerta que estaba detrás, una nueva salida en la que no se había fijado hasta entonces.

La empujó.

La puerta chirrió ásperamente.

Y la muchacha se dio cuenta de algo que ignoraba: unas escaleras descendían de allí hasta la planta inferior. Un vaho húmedo y espeso subió a su encuentro, saliendo de las entrañas de aquel misterioso sótano.

La chica llamó:

—¡Señorita Kutzman!

Ella se olvidaba con frecuencia de aquel nombre, pero ahora, quizá a causa de la excitación que sentía, lo recordó. Un silencio espeso y hostil fue toda la respuesta que obtuvo de las entrañas de aquel sótano.

Como, sin embargo, no parecía haber otra salida, se hundió en

él. Pudo darse cuenta de que la luz allí era escasa y de que solamente unas cuantas bombillas amarillentas quebraban las sombras.

El silencio era tan espeso que oía su propia respiración, y cada uno de sus pasos en los peldaños de piedra parecía un estruendo. Llegó así a la primera planta del sótano, un sitio que no había visto jamás.

Las anchas columnas que había allí, parecidas a las de un templo, la dejaron asombrada. Con las luces amarillentas y lejanas, todo aquello daba una espantosa sensación de irrealidad, casi una sensación de pesadilla. Andando tímidamente y escrutando en todas direcciones, la muchacha avanzó.

Vio entonces una silueta, más allá de las columnas.

Una silueta blanca.

Iba vestida igual que ella, igual que las enfermas, pero su expresión era distinta. Su expresión reflejaba un satánico placer, una misteriosa plenitud, un ansia destructora que estaba por debajo de la sensibilidad de cualquier ser humano.

Aquella figura tamborileaba con los dedos en una de las columnas. Lo hacía con insistencia, con ritmo; tanto, que la muchacha pudo perfectamente reconocer la música que el golpeteo de los dedos estaba tratando de imitar. Era un pasaje de algo tan famoso como la *Pastoral*, de Beethoven. No podía decirse, ni mucho menos que se tratara de una música siniestra.

Eso y el hecho de que conociera aquella cara, hizo que la enferma se sintiese aliviada. Con expresión apacible, mientras sonreía, se acercó allí. Tendió las manos mientras decía casi alegremente:

—Ésta sí que es una buena sorpresa...

Y entonces se fijó bien en aquella cara. Entonces la luz de las bombillas polvorientas dio de lleno en aquellos ojos, en aquella boca. Entonces se dio cuenta de la expresión malévola de los labios. Y de que en los ojos había un brillo satánico.

Intentó retroceder.

De sus labios escapó apenas un gemido.

—Es... es imposible... —barbotó.

No tuvo tiempo de decir nada más. La mano derecha de la mujer que había estado frente a ella, la mano que hasta entonces tabaleó,

sobre una de las columnas avanzó hacia su cara.

Fue en ese momento cuando la muchacha se dio cuenta de por qué había escuchado con tanta perfección el tamborileo de los dedos. Fue en ese momento cuando comprendió por qué incluso con un movimiento tan leve había podido reconocer una música. Sencillamente en el extremo de cada uno de los dedos... ¡había un anillo con un pincho de metal! ¡Porque aquella mano se podía transformar en una terrorífica arma...!

Intentó retroceder, pero ya no pudo. Aquella mano satánica se empotró contra su cara. Con la precisión de dos flechas... ¡dos de aquellas puntas aceradas se clavaron en sus ojos!

El grito de horror, el alucinante grito de miedo, se escuchó en todo el interior de aquel sótano, pero no llegó a la planta superior, donde estaban durmiendo Billy y los otros. Fue un grito que nació y murió allí mismo, como pudo nacer y morir una maldición. La mano volvió a caer dos veces más, hundiendo de nuevo las agujas hasta el fondo de los ojos.

La enferma cayó de rodillas.

Toda su cara se había llenado de sangre.

Sus ojos le dolían tan horriblemente, que todo su cuerpo se convulsionó en un espasmo. Como un animal al que queman vivo, se puso a chillar histéricamente. Las manos apretaban sus globos oculares, pero cuando las apartó... ¡se dio cuenta de que no veía nada! ¡*Nada!*

¡NADA!

La risita silenciosa de la mujer-verdugo se enroscó, entonces, en el aire.

Arrastrándose por el suelo, buscando a tientas una imposible salida, la joven enferma aulló:

—¡NOOOOOOOO!

Porque se dio cuenta de algo más, de algo viscoso, inesperado y horrible al mismo tiempo. Un cuerpo acababa de caer sobre el suyo, sujetándola con fuerza. ¡Pero aquel cuerpo era el de un hombre!

Después de la cosa espantosa, de la cosa sin nombre que había sucedido, aquello era más espantoso y más sin nombre todavía.

El chillido se repitió, ahora lanzado por el hombre. Luego se escuchó en la penumbra del sótano una carcajada satánica.

Minutos después, el cuerpo sin vida de aquella muchacha era arrastrado poco a poco hasta el segundo sótano. Allí una de las paredes estaba enteramente ocupada por una mole enorme, por una serie de puertas de acero que recordaban a las de los *frigoríficos de la Morgue*, donde se conservan los cadáveres. Y eso era exactamente aquello: una vieja *nevera* para conservar muertos, pero que había estado mucho tiempo sin entrar en servicio. Ahora volvía a funcionar nuevamente, y un runruneo demasiado estridente surgía de los compresores que empezaban a ser viejos. Los cajones no helaban bien, y lo máximo que se podía conservar un muerto allí era dos semanas, antes de que empezase a despedir un hedor insoportable.

El cuerpo fue colocado en uno de los cajones, y éste se cerró herméticamente.

Luego la carcajada larga y estridente volvió a sonar. En la soledad del sótano vibraron misteriosamente las luces amarillas.

CAPÍTULO X

Carter atravesó silenciosamente la sala de observación y se dio cuenta de que ojos invisibles, situados a otro lado de las paredes, observaban minuciosamente sus movimientos y reacciones. El conocía aquellos sistemas porque la policía los usaba con frecuencia, por ejemplo para identificar a alguien sin que la persona que la identificaba fuese vista. Una serie de visores ópticos muy bien disimulados, permitían a los médicos observar a los pacientes sin que éstos se dieran cuenta de que cada uno de sus gestos era analizado minuciosamente.

En la sala había diversos obstáculos, y Carter debía sortearlos de una forma u otra. El sabía que aquello era un test, pero otros no lo sabían, y en aquella sala donde no podían avanzar daban rienda suelta a su depresión o a sus instintos furiosos, lo que ayudaba a los médicos a catalogarlos.

Carter, por el contrario, intentó comportarse como una persona algo astuta y con mucha paciencia, pues no le interesaba que le aplicaran los somníferos que estaban destinados a los furiosos. Actuó con mucha moderación y luego se sentó tranquilamente, al final de la sala, a leer uno de los periódicos.

La puerta se abrió muy poco después.

Un hombre con bata blanca entró con el silencio de un gato. Miró al paciente y dijo con gesto de oficinista aburrido:

—Sígame.

Carter no hizo el menor gesto de resistencia, pues estaba obsesionado con la idea de que tal vez le aplicaran un calmante que le dejaría inútil. Mientras caminaba por el pasillo, acompañado del médico, miró con ojos de acero en torno suyo, buscando el menor resquicio que le permitiera saber dónde estaban los asesinos.

Pasó por delante de la centralita telefónica y se fijó en la mujer que la ocupaba. Era muy joven, muy bonita y tenía *sexy*. Ella

también le miró con curiosidad, y en ese momento único e irrepetible, como en un chispazo, pareció establecerse entre los dos una misteriosa complicidad. Carter se dio cuenta de que a él le interesaba la chica y se dio cuenta también de que la chica estaba interesada por él. Pero aquello no tuvo de momento ninguna repercusión práctica, porque el médico le obligó a seguir adelante.

Entraron en una habitación pequeña, cuyas paredes estaban completamente acolchadas, y eso ya dio mala espina a Carter. El médico lo notó y le dijo con una sonrisa:

—No se preocupe. Esto está preparado así porque a veces entran aquí algunos pacientes furiosos, pero usted no lo es.

Le hizo tenderse en una camilla. Carter no opuso resistencia porque quería seguir representando el papel de buen chico allí dentro, a fin de que le dejaran con la máxima libertad. Sin embargo, muy pronto se dio cuenta de que allí no era dueño de su destino. De que los dueños eran los otros.

Dos argollas saltaron entonces de los brazos de la camilla en que estaba tendido. Bruscamente se sintió sujeto por una especie de cepo y lanzó un grito de rabia. No había terminado de lanzarlo cuando el mismo médico, con la maestría que da la práctica, le ciñó una correa de cuero a los pies.

Carter se encontró de pronto más indefenso que un animal al que conducen al sacrificio. No supo si había hecho algo mal en la sala de observación o tan sólo querían experimentar con él, pero el caso fue que con todas sus fuerzas intentó liberarse. Sus músculos poderosos estuvieron a punto de romper las argollas. La tensión de todo su cuerpo fue tan irresistible, que sus venas estuvieron a punto de estallar.

Lanzó un gemido al sentir la punzada de la aguja.

Pero no era por eso, sino porque sabía lo que le estaban inyectando. Un calmante que le dejaría sumido en una especie de fatalismo durante dos días, tres... ¡Dos días o tres, en que le sería imposible hacer nada!

El líquido penetró en sus venas poco a poco.

Carter se retorció de rabia, de desesperación.

Pero notó que la somnolencia le invadía, notó que sus fuerzas iban cayendo en barrena con más velocidad cada vez. Lo último que captó fue aquella voz del médico que decía:

—Señorita Mott, vigílelo bien. Las reacciones de este hombre no me gustan. Parece como si lo tuviera todo ensayado, como si supiera lo que va a pasar...

—¿Cree que además de un criminal es un farsante? —preguntó una lejanísima voz femenina.

—No estoy seguro, pero por eso mismo lo vamos a tener en observación. Lo que le he inyectado es lo que nosotros llamamos el *Dixyon C*, una especie de *suero de la verdad* que hemos conseguido preparar aquí y que deja al paciente sin defensas mentales durante un par de días. En ese tiempo, no sólo será inofensivo, sino que dirá la verdad a todo lo que preguntemos. Su misión es vigilarle y conseguir que esté tranquilo. El peligro está en que su tensión arterial disminuya demasiado, pero usted ya conoce lo que debe hacer en estos casos. Lo dejo en sus manos.

—Perfecto, doctor.

Carter lo oía todo de una forma muy lejana y además, las voces le producían una terrible indiferencia, como si nada de aquello tuviese que ver con él. Se dio cuenta de que la droga iba produciendo sus efectos y le acometió una sorda desesperación, porque se dio cuenta de que lo que tanto quiso evitar, había sucedido. No sólo no iba a poder hacer nada, sino que era capaz de confesar que se trataba de un policía. Estaba perdido.

Se rebeló otra vez con todas sus fuerzas. Las argollas que le sujetaban estuvieron a punto de penetrar en su piel.

El médico dijo con un gesto de preocupación:

—Habrà que darle otra dosis.

—No se preocupe, doctor. Más tarde lo haré yo misma.

Unos pasos se alejaron y Carter quedó a solas con aquella desconocida. Una terrible desesperación se adueñó de él. No podía abrir los ojos. Hizo un nuevo y supremo esfuerzo para desasirse y al fin cayó postrado, destrozado, rendido.

Perdió la noción de las horas. No supo cuántas habían transcurrido, aunque debían ser bastantes, porque la luz había ido disminuyendo en torno suyo. Nadie acudía a interrogarle y nadie le hacía caso, como si le dejaran cocerse en su propia salsa.

Tenía la sensación de que había transcurrido un tiempo infinito cuando notó otro pinchazo. Tuvo un gesto de desesperación al darse cuenta de que era la nueva dosis de que había hablado el médico.

Ahora sí que estaba absolutamente perdido.

Un cerebro humano tiene una limitada capacidad de resistencia, pero Carter sacó del fondo de sus nervios todas las fuerzas, todas las energías, todas las voluntades posibles. Sus sesos parecieron estallar ante aquella terrible llamada «¡Quiero darme cuenta de todo! ¡Quiero darme cuenta! *¡Quiero darme cuentaaaaaaa...!*».

La voz dijo entonces a su oído:

—No te preocupes. Dentro de unos segundos estarás mejor, Carter.

El movió la cabeza.

¿Carter? ¿Había dicho CARTER?

Pudo abrir los ojos poco a poco, mientras la horrible tensión disminuía. En efecto, se sentía mejor. Vio de pronto la habitación blanca y de repente estuvo a punto de dar un salto, pero las ligaduras se lo impidieron. Porque ante él estaba..., ¡estaba la misma mujer a la que él fingió que había ultrajado! ¡Estaba Lorena Place!

La voz musitó:

—Cuidado, Carter, porque ahora te vas a sentir muy débil. Una droga y una antidroga en tan pocas horas son demasiado para cualquier hombre.

—¿Qué me has... inyectado?

—Algo que te despejará, así como lo otro te hubiera tenido hundido.

Los pensamientos iban tomando forma en el cerebro de Carter y le permitían centrarse poco a poco. Con voz que era apenas un soplo, balbució:

—¿Pero tú te das cuenta de lo que estás... haciendo?

—Sencillamente, cumplo con mi deber. Como lo cumples tú.

—Oficialmente, estás muerta...

—Eso me importa bien poco, mientras no esté muerta en la realidad, ¿no crees?

—¿Quien ha consentido que entraras aquí?

—El capitán Murray.

—¿Por qué?

—Ha pensado que necesitabas la ayuda de alguien. Tú, aquí solo, estarías perdido.

—¿Pero cómo has podido en... entrar?

—Iba a ser contratada una enfermera especialista, llamada señorita Mott. Por supuesto que la misma policía provocó un accidente de tráfico sin víctimas y la culpó a ella, acusándola de conducir bajo el efecto de una droga. Mientras se hacen las *averiguaciones*, va a estar incomunicada cinco días.

—La desvergüenza de la policía es a veces infinita. Y tú has ocupado el puesto de la señorita Mott, ¿verdad?

—Por supuesto.

Le libró de las argollas. Carter contempló con admiración a la preciosa muchacha, a la que había fingido asaltar, una mujer cuyo trabajo había sido penoso y difícil y que ahora hacía algo mucho más difícil, más penoso todavía. Algo con lo que a cada minuto, además, se jugaría la piel.

—No debieran habértelo consentido —susurró.

—Lo he pedido yo.

Y le dio a beber un sorbo de algo que dejó más entonado a Carter. Éste musitó:

—¿Qué me has dado? ¿Ya sabes lo que te haces?

—La policía me entrenó intensamente. En veinticuatro horas, he tenido que aprender más que otras en seis meses. Pero como mi trabajo es muy limitado, creo que no meteré la pata.

—¿Qué hora es?

—Las once de la noche.

—¿Aquel vampiro sospecha de mí?

—¿El médico? No, no creo. Lo que sucede es que le desconciertas.

—Debo estar haciéndolo muy mal —susurró él, con desánimo.

—Al contrario, lo haces bastante bien, pero los médicos tampoco se fían a la primera. Es lógico.

—¿Va a volver el tío ese?

—No. Parece que ha encontrado un lío con una enfermera y va a estar muy *ocupado*. Me ha dejado a mí sola con el muerto.

—El muerto soy yo, ¿verdad?

—Los hay peores, Carter.

El salió de la camilla y se frotó los ojos. Iba sintiéndose algo mejor, aunque sus fuerzas habían decaído terriblemente.

—¿En qué pabellón estamos? —susurró.

—En el Uno.

—Debo ir a la casa de piedra. ¿Cómo está el camino?

—Bien. Hay niebla espesa y anoche también la hubo —informó Lorena.

—¿Vigilancia?

—Poca.

—¿Alguna anormalidad?

—Dicen que desde anoche, falta una enferma que había ido a comer a la casa de piedra, pero no están seguros. A veces esos locos se esconden en los sitios más inverosímiles, durante un par de días. Quizá no se acuerdan ni de sumar, pero nadie puede imaginar lo astutos que son.

—¿Has visto a Mabel Kutzman, la dueña?

—No.

—Sigue encerrada en la casa de piedra, ¿eh?

—Exacto. Y todos saben que no saldrá en lo que resta de semana.

Carter asintió pensativamente, mientras calculaba las posibilidades que tenía. Éstas eran pocas, pero nada le podía frenar ya, ahora. Estaba firmemente decidido a llegar hasta el final costase lo que costase.

—¿Has visto las listas de los ingresados últimamente? —preguntó.

—Sí.

—¿Y quién ha ingresado?

—Sólo tú.

—¡Infiernos...! ¿Entonces, dónde están esos asesinos?

—No lo sé, Carter. Si lo supiera, todo estaría solucionado.

—Me parece que ya tengo una idea, Lorena —dijo él, tras unos instantes de reflexión—. No ha podido ocurrir más que una cosa.

—¿Qué cosa?

—Están en la casa de piedra.

—Pero allí vive de momento la propia Mabel Kutzman...

—Más sencillo aún: la han amenazado. Tienen algún sistema para obligarla a callar y aguantarán allí unos días.

—Pero entonces eso significa que...

—Eso significa que hay que entrar allí. No queda otro remedio.

—Carter, tengo la sensación de que nos hemos metido en el

infierno...

—Sí, pero antes de eso —dijo él, mirándola con intención— yo tuve mi pedacito de cielo.

—Si no pasó nada...

—Bueno, pero ¿y lo poco que ocurrió?

Ella se sonrojó violentamente. Dijo con voz opaca:

—Ojalá le trinquen los de la casa de piedra, señor Bass. Ojalá le trinquen...

Carter fue a atizarle un pellizco, pero ni para eso tenía fuerzas.

—Gracias —dijo—. Gracias, señorita Mott.

Y se dirigió a la puerta.

CAPÍTULO XI

Billy *Cara Quemada* marcó el número correspondiente a la centralita. La voz de Jessica le respondió:

—¿Sí?

—Soy yo, Jessica.

—¡Maldito seas...! ¿Cuánto tiempo vas a estar llamándome así?

Billy se mordió el labio inferior.

—No me doy cuenta... ¡Por todos los infiernos, ni yo mismo entiendo lo que me pasa! Este ambiente está acabando con mis nervios.

—Pero al menos, aquí estamos seguros, ¿no?

—Sí, eso es indudable.

—Si te sirve para tu tranquilidad, te diré que aquí todo está tranquilo. Ha ingresado una enfermera nueva, una tal señorita Mott, pero no es sospechosa.

—¿Cómo que no? ¡Imbécil, habérmelo dicho antes! ¡Pueden haberla infiltrado aquí!

—Nada de eso —aseguró Jessica—. Su ficha ha pasado por mis manos. Había solicitado el empleo hace tres meses, cuando nosotros ni siquiera soñábamos vernos metidos en este lío.

—¡Ah, bueno! Eso es distinto.

—Podrías decirle a la dueña que la despidiese, pero en vista de las circunstancias, creo que no es prudente. Llamaríamos demasiado la atención. ¡Ah...! Hay otra novedad, aunque no creo que tenga importancia. Desapareció una enferma de las que anoche fueron a la casa de piedra para comer allí. La están buscando por todas partes.

—¿Que desapareció...? —barbotó Billy.

—Sí. ¿Notasteis algo raro?

—¿Nosotros? Nada...

—Se habrá escondido como tantas otras, pues parece que eso es

frecuente, y que no las encuentran hasta que están muertas de hambre. Pero por aquí hay quien rumorea que se trata de algo relacionado con Palisade o con Greta Wolsen.

—¿Esos asesinos?

Billy *Cara Quemada* pronunció la palabra *asesinos* en un asco especial, como si él no lo fuera ni hubiese tenido nunca nada que ver con gentuza de aquella especie.

—Sí, esos asesinos —murmuró Jessica, con la misma entonación de asco—, con la particularidad de que Greta Kolsen aún no ha aparecido por ninguna parte.

—¿Lo cual podría suponer que..., que tal vez está en la casa de piedra?

—Tal vez.

Billy apretó los labios.

—¿Palisade está vigilado? —preguntó, inesperadamente.

—No mucho.

—¿Qué pieza ocupa?

—A ver... Lo tengo anotado en una libreta. Palisade, Palisade... Sí... Pabellón Uno, habitación 18. Se considera un sitio seguro. Está allí solo, y cada noche cierran desde fuera. No se le da permiso para pasear con los demás, y vive en una especie de reclusión perpetua.

—De acuerdo, gracias. No olvides conectar el micro como la otra noche.

—¿Por qué me has preguntado lo de Palisade?

—Simple curiosidad —dijo Billy.

Y colgó.

Pero había algo más que simple curiosidad en su sonrisa.

Aquella sonrisa helada que flotaba en su boca.

La puerta se abrió cuando él acababa de colgar. Mulford apareció con aspecto preocupado, remetidas las manos en los bolsillos de su bata blanca.

—¿A quién llamabas? —masculló.

—A Jessica.

—¿Todo bien?

—Todo.

—Pues yo no lo encuentro tan perfecto, Billy.

—No es que yo lo encuentre perfecto, ni mucho menos —murmuró el jefe del grupo—, pero las cosas están saliendo mucho

mejor de lo que podíamos soñar cuando nos vimos metidos en aquel *parking* con la policía delante de las narices. Hay que tener paciencia, ¿no? ¿Qué es lo que te pasa? ¿Te aburres?

—Esto es un asco.

—No sé a qué vienen tantos remilgos. Hace dos años estuviste tres semanas encerrado en un hotel de Louisville, sin ni siquiera abrir la ventana.

—Sí, pero allí tenía televisión y bebidas. Y una mujer.

—Televisión y bebidas, tampoco te faltan.

—Quería algo más.

Billy aconsejó plácenteramente:

—¡Tócate las narices, hermano!

—¿Y si en lugar de eso tratara de ligar con Mabel Kutzman? Lo tiene todo puesto en muy buen sitio.

—¡Déjate de ligues, maldito marrano! Y no es que no tenga nada contra las chicas, pero ésa es intocable. Ella no debe estar sometida a ninguna clase de presión mientras nosotros estamos aquí, ¿comprendes? Ninguna presión. La necesitamos para conservar nuestro pellejo y para conservar el botín de los atracos, de modo que no vale más que un ligue tonto. ¿Estamos?

—Estamos, Billy.

—¿Qué hace Mabel?

—Se pasa el día estudiando fichas.

—¿Llama por teléfono?

—No.

—¿Visitas?

—Ninguna.

Billy suspiró con alivio.

—Perfecto... —dijo—. Veo que ha comprendido la situación y que se porta bien. Mejor para ella... ¿Dónde está Rayan?

—Ve la televisión en la sala de médicos, donde no hay nadie ahora, porque Mabel lo ha prohibido.

—No está mal, no está mal... Las cosas van resultando más de lo que tú mismo imaginas, muchacho. ¿Por qué no salimos a estirar las piernas?

—¿Por dónde?

—Por el jardín. Hace una magnífica noche...

—Una noche de perros, querrás decir. Hay una niebla que no se

ve a dos pasos. ¿Recuerdas la de anoche? Pues ésta es peor.

—Precisamente por eso te digo que el tiempo es magnífico. Podremos estirar las piernas y nadie nos verá. Yo lo estoy necesitando realmente. ¿Vienes?

—*Pche...*

Y salieron los dos. En la puerta estaban Bossen y uno de los guardaespaldas. Ninguno de los dos hizo un solo gesto, porque ya sabían sobradamente de qué se trataba.

Bossen se limitó a decir:

—En su lugar, no saldría, amigos.

—¿Por qué?

—Hace una perra noche.

—¿Cree que tenemos miedo?

—No, no he dicho eso.

—¿Pues qué dice?

—Sólo que éste es un sitio que a la gente la suele asustar.

—Váyase a tomar viento con sus miedos, Bossen.

El administrador no contestó. Se limitó a mirarlos desde detrás de sus gafas, con la quietud que hubiera podido tener una momia.

Cuando los dos se hubieron perdido en la niebla, Cara Quemada murmuró:

—¿Tú te fías de ése?

—Yo, sí —dijo Mulford.

—¿Por qué?

—He observado por algunos detalles que no hará nada en contra de Mabel Kutzman, absolutamente nada. Incluso diría que está enamorado en secreto de ella.

—¿Ese cebón?

—Un cebón también puede tener buen gusto, ¿no?

Los dos se desplazaron tan silenciosamente como espectros entre aquel sudario blanco. La sensación de aislamiento era tan inmensa, que ni siquiera se distinguían las luces de los otros pabellones, situados a lo lejos.

Billy murmuró:

—Se está tranquilo aquí, ¿eh?

—Sí, eso es verdad. Después de tantos sobresaltos.

—Eso es: tranquilo. Por lo menos tranquilo...

Y movió la derecha.

Fue algo instantáneo.
Como un relampagueo.
Como un hachazo.

Sí, eso fue: *exactamente como un hachazo*.

El hierro afilado que Billy sostenía en la derecha, que acababa de sacar de su bata, se hundió hasta fondo en el occipucio de Mulford. Éste lanzó apenas un gruñido, mientras intentaba volverse con las facciones desencajadas por el horror.

Sólo pudo decir:

—Pero tú...

No fue capaz de articular nada más.

Un nuevo hachazo le hundió la frente.

Lo último que vio Mulford, al girar sobre sus pies dramáticamente y desplomarse, fue el hierro teñido de rojo y la propia mano de Billy que también se había manchado de sangre.

Luego la niebla se hizo más espesa, más compacta.

Fue una niebla que penetró hasta el fondo de su cerebro, hasta el fondo de su sangre.

Con ella, llegó una extraña quietud, una extraña paz.

Una extraña nada...

CAPÍTULO XII

Billy miró en torno suyo y se dio cuenta, no sólo de que nadie les había visto, sino de que nadie podía verles. A menos de tropezar con ellos, era imposible que se les distinguiera. Por lo tanto, empezó a ejecutar meticulosamente el plan que había ido madurando en su cerebro durante horas y horas.

Arrastró el cadáver de su compinche hasta el homo crematorio de los despojos que estaba cien yardas más allá, y que después de las ocho, no vigilaba nadie. Como allí se realizaban bastantes operaciones, y como además los locos eran muy aficionados a manchar sus ropas con vómitos o con sangre, bastantes materiales resultaban de desecho y había que quemarlos. El horno estaba apagado, pero Billy no tuvo ningún problema para encenderlo, mientras introducía el cadáver.

Calculó que a la mañana siguiente ya estaría completamente destruido, hasta el extremo de que sería muy difícil que el descuidado vigilante se diera cuenta de la siniestra realidad de lo que allí se ocultaba. El horno era a gas y tenía una potencia enorme. Después de cerrar la boca de aquel infierno, Billy se limpió las manos en un fregadero contiguo y limpió también el hierro, muy bien afilado con el que se había fabricado él mismo una hoja de hacha.

Luego rió quedamente, mirando el horno, en el cual los restos de Mulford se estaban consumiendo:

—Pensabas que iba a repartir contigo, ¿eh? —susurró—. Pequeño idiota... El botín de tres atracos puede muy bien colmar las ambiciones de un tipo como yo, pero no las ambiciones de cuatro tipos. Dicho con otras palabras: que no hay para todos, amigo... Y del mismo modo que has terminado tú, terminarán Rayan y Jessica. Aunque lo de Jessica tal vez lo piense, ¿sabes? Una temporada con ella por las playas europeas, tampoco me vendría

mal...

Y rió silenciosamente. Su risa fue tan intensa que le hizo sobrevenir un ataque de tos y empezó a maldecir. Al fin salió de allí, después de apagar las luces, sujetándose con ambas manos la garganta.

Y fue entonces cuando la oyó.

Aquella carcajada espectral e insoportable.

Aquella carcajada que llegaba desde todas partes: de la derecha, de la izquierda, del cielo, del fondo de la tierra...

Una carcajada que atravesaba la niebla y penetraba en el cerebro.

La auténtica carcajada del diablo.

Pero Billy hubiese jurado que, pese a ser la carcajada del diablo, había salido sin embargo, de la garganta de una mujer.

Billy *Cara Quemada* cerró los ojos mientras pensaba que estaba sufriendo una alucinación, pero al cesar aquel rumor, estuvo seguro de ello. Quedó convencido de que había escuchado simplemente un chirrido lejano. *O de que no había oído nada...*

El caso era que tenía otras cosas en que pensar. Una vez hecho desaparecer el cadáver, necesitaba prever que alguien lo descubriera, a pesar de todo. Por ello necesitaba encontrar un culpable, y el culpable ya lo tenía.

Fue hacia el pabellón Uno.

Eso era arriesgarse bastante, pero a aquella hora estaba casi convencido de no ir a tropezar con nadie. Atravesó la niebla y penetró en el vestíbulo iluminado. La única persona a la que vio fue a Jessica, que abandonaba la cabina de la telefonista.

Jessica palideció mortalmente.

—Estás loco... —dijo con un hilo de voz.

—No te preocupes; yo sé lo que me hago.

—¿Te ha visto alguien?

—Nadie.

—¿Qué vas a hacer?

—Nada... Lárgate. No conviene que te vean conmigo.

Y se separó de ella. Por un plano que había visto del edificio, y que tenía muy grabado en su memoria, conocía la situación del lugar en que se encontraba Palisade, de modo que fue directamente

hacia allí. El pasillo era corto, estrecho, y en él no se veía absolutamente a nadie.

La puerta de Palisade estaba cerrada por fuera, pero Billy no se inmutó por eso. Había abierto cerraduras mucho más difíciles.

La forzó en unos instantes, sin hacer ruido, y vio al loco asesino en su cama. Dormía pesadamente, con expresión placentera, sin haberse dado cuenta de nada. Billy, andando con el silencio de un ratero de hotel, se acercó al lecho y tomó el afilado hierro con el que acababa de liquidar a Mulford. Empleando un cuidado exquisito, pues sabía lo peligroso que llegaba a ser ese Palisade, introdujo aquel hierro debajo de la almohada y empezó a retroceder. Pero al hacerlo de espaldas, no se dio cuenta de que derribaba un vaso que estaba sobre una de las mesas.

Se produjo un ruido cantarino.

Todo el cuerpo de Billy se tensó. De pronto, en cuestión de segundos, el sudor saltó a su cara como si se la hubieran rociado con agua.

Si Palisade despertaba, podía matarle. Y aunque eso no ocurriera, bastaría con que el loco armara un escándalo para que le descubrieran a él allí, en cuyo caso todo estaría perdido. Sus ojos desencajados miraron aquella figura que de un momento a otro podía saltar hacia él.

Pero el sueño de Palisade era profundo, porque su corpachón tenía la salud de un bisonte. No se enteró de nada. Con el mayor cuidado, Billy *Cara Quemada* recogió el vaso, lo volvió a colocar en su sitio y fue hacia la puerta extremando su sigilo. Era un auténtico gato cuando se deslizó hacia el pasillo otra vez.

Vio una enfermera que salía de espaldas, de otra habitación.

Billy se pegó a la pared, mientras el sudor llegaba a resbalar hasta su cuello. Contuvo la respiración mientras pensaba que de un momento a otro iba a ser descubierto.

Pero la enfermera no podía sospechar ni remotamente que hubiera un intruso allí. Fue distraídamente hacia una mesa del pasillo, anotó unos datos en un gráfico y se alejó. Instantes después desaparecía por otra puerta que debía corresponder a una sala de descanso, puesto que del interior, al abrirse, brotaron unas notas de música.

Billy *Cara Quemada* respiró hondamente. Fue de nuevo al

vestíbulo y se deslizó como una sombra hacia la puerta exterior, temblando al pasar por delante de la cabina, donde estaba la telefonista del turno de noche. Pero la suerte seguía protegiendo al asesino, porque ella leía una revista titulada *Los hombres más sexy del mundo*, y no se fijaba para nada en lo que ocurría más allá de los cristales.

Unos instantes después, Billy se había perdido en la niebla. Regresó al viejo caserón de piedra que, más que nunca, le parecía un castillo de Drácula.

Bossen le vio también, pero no hizo ninguna pregunta. No pareció extrañarle verle regresar solo. Dio la sensación de que lo único que le importaba era que se largaran todos de allí, y que lo que pudiera pasar entre ellos mientras tanto, le tenía sin cuidado.

Mabel Kutzman tampoco estaba por allí. En las habitaciones construidas cien años antes, imperaba el silencio.

Como hipnotizado, y sin saber por qué, igual que si aquello fuera un presentimiento que no supiese explicar, Billy *Cara Quemada* se quedó como fascinado, mirando la niebla. Le parecía haber oído otra vez a través de la ventana aquella risita diabólica.

Pero al fin se encogió de hombros y pensó nuevamente que debía tratarse de una alucinación. Lo cual no era tan malo, después de todo, pues las alucinaciones conviene tenerlas en un manicomio. Es el único sitio donde a uno pueden curarle.

CAPÍTULO XIII

Los grandes ojos del médico parecían mayores aún, detrás de los cristales de las gafas. Llegaban a tener el aspecto de los de un extraño pez que estuviera acechando más allá del silencio.

Mientras torcía los labios, miró a Carter, que estaba quieto y con aspecto derrotado al otro lado de la mesa, y dijo con voz inexpresiva:

—He estado viendo los informes, Bass, después de las pruebas a que le han sometido, y hay cosas que no quedan claras en absoluto. No sé si es usted un simulador o no, pero le advierto que no se va a reír de nosotros.

El falso Bass ni siquiera prestó atención. Los psiquiatras de la policía le habían aleccionado bien sobre eso y le habían dicho que procurara mantener una indiferencia total, incluso cuando pareciera hallarse en peligro. Incluso era muy posible que aquella conversación se tratara de una prueba más a que le sometían.

El médico de los ojos de pez, gruñó:

—¿Qué me contesta?

—Estoy aquí porque me han obligado —dijo pacíficamente Carter—. Cuanto antes me echen, mejor.

—¿Sabe que si le echan de aquí va a quedar exclusivamente en manos del fiscal del distrito?

El falso Bass preguntó candorosamente:

—¿Por qué?

El médico extendió sobre la mesa unas fotos obtenidas de la policía. La chica atropellada, la chica caída en el callejón, la chica transportada al depósito... Documentos perfectamente normales en una actuación judicial y que aquel hombre había logrado obtener, pero que inmediatamente provocaron una terrible crispación en Carter.

Porque se dio cuenta del fallo irremediable que había sido

cometido. Para *vestir bien el asunto*, habían sido tomadas las fotos habituales en esos casos, y cuya falta hubiese originado sospechas. Esas fotos, sin embargo, no debían salir de las dependencias policiales, pero alguien, en un descuido, había expedido copias de ellas a petición de la clínica mental. Alguien que hizo las cosas por pura rutina, sin darse cuenta de lo que aquello significaba.

Porque en algunas de ellas se podía reconocer a la chica... Y la chica estaba allí... ¡estaba allí, en el propio establecimiento de Mabel Kutzman!

Carter se dio cuenta de que todo podía hundirse. Sintió que unas gotas de sudor helado asomaban a sus sienes.

El médico dijo triunfalmente:

—¿Qué le pasa? ¿Se ha excitado, eh?

El falso Bass ni siquiera contestó.

Se derrumbó blandamente al suelo, fingiendo perder el conocimiento, porque se dio cuenta de que una palabra de más significaría en aquellos momentos el fin de todo. El médico se inclinó sobre él.

—Siempre pasa lo mismo —dijo, pensando en voz alta—. Esos hijos de perra se hacen los desinteresados, pero se derrumban en cuanto se dan cuenta de lo que han hecho. Habrá que someterle a un *tratamiento especial en las duchas*... ¡Eh! ¡Señorita! ¡Pero quién demonios es la enfermera de turno? ¡Venga de una condenada vez! ¡Venga!

Hizo sonar un timbre. La puerta se abrió.

Una muchacha apareció en el umbral.

Tenía unas hermosas piernas.

Unas poderosas caderas.

Y unos grandes y asustados ojos.

El médico gruñó:

—Este tipo se ha desmayado, aunque no acabo de fiarme de él. Avise a los encargados de las duchas. Vamos a transportarlo.

La preciosa enfermera dijo con un hilo de voz:

—Bien, señor.

Y se volvió de espaldas, pero de pronto el médico de los ojos de pez, gruñó:

—Oiga...

Ella giró de nuevo.

Estaba muy pálida.

Se dio cuenta de adonde iban los ojos de pez del médico. De las fotos a su rostro, de su rostro a las fotos...

Y de pronto, dijo, como si no pudiera creerlo:

—Pero usted..., usted...

No pudo decir más.

Sus mandíbulas produjeron un sordo chasquido. Saltaron un par de sus dientes, mientras las gafas iban al otro lado de la pieza.

Carter, que había disparado su poderoso puño derecho, se puso en pie y dijo, mirando a la muchacha:

—Una bonita situación, ¿no?

—¿Qué..., qué ha ocurrido?

—¿No lo ves? Desde la clínica mental pidieron esas fotos, y alguien de la policía las envió, sin darse cuenta de que estaban consideradas como secretas y no tenían que moverse de allí.

—Entonces, ese tipo se ha dado cuenta de que yo... soy la propia víctima.

—Ni más ni menos —gruñó Carter.

—Y de que aquí, hago un falso papel; es decir, que no soy realmente una de las enfermeras de la clínica...

—Eso será lo primero que piense cuando recobre el conocimiento.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer, Carter?

Él se encogió de hombros.

—No te preocupes, porque en algún momento tenía que suceder —dijo—. Ya era hora de que empezase a dar puñetazos a alguien.

—Pues a ése, por poco le desmontas...

—No me quedaba otro remedio, y además ese tío ya me estaba tocando las narices. Vamos a meterlo en algún sitio donde no moleste.

—Las duchas —dijo ella.

—¿Son seguras?

—No entrará allí nadie hasta mañana.

—Supongo que no tendremos que atravesar ningún lugar habitado, ¿verdad?

—Sólo un pasillo, pero en este momento, no hay nadie.

—De acuerdo; vamos.

Carter se cargó a hombros al exánime médico y siguió a la

muchacha. Contuvo la respiración al atravesar el pasillo, porque se dio cuenta de que allí se decidía todo, pero tuvo suerte durante aquellas pocas yardas. Aquello estaba tan desierto como un cementerio. Las baldosas, muy limpias, brillaban quedamente entre el silencio casi agobiante, un silencio en el que no crujía ni una puerta.

Ella hizo que se deslizara una mampara de cristal y señaló un amplio recinto donde había numerosa duchas, cada una de ellas separada de la otra por un tabique de mosaico. La última de ellas apenas se distinguía, de modo que, si colocaban al médico allí, habría que situarse justamente enfrente para poder verlo.

Era un buen sitio. Carter llevó su carga hasta la ducha y ató bien de pies y manos al *paquete*, valiéndose de tiras de la propia bata del médico. Otra tira sirvió para amordazarle, y una tercera, mucho más sólida, para colgarle por los brazos de uno de los soportes de la ducha, de modo que no pudiese escapar de allí.

—Mañana lo descubrirán —dijo Carter—. Por lo tanto, no corre ningún peligro.

—Cierto. Nadie se muere por estar una noche en posición incómoda. Lo malo es que cuando lo descubran..., todo habrá terminado para nosotros. Se darán cuenta del verdadero papel que estamos jugando aquí.

—Es verdad; sólo disponemos de unas horas, pero hay que aprovecharlas.

—¿Aprovecharlas en qué?

—Tengo que intentar llegar hasta el caserón de piedra —dijo Carter.

—¿Y yo?

—Tú te quedarás aquí.

—He venido para ayudarte, no para entretenerme viendo lo que tú haces —protestó ella—. Pienso ir de todos modos.

—Estás loca.

—Para eso me he metido en un manicomio, ¿no?

—Quiero decir, maldita sea, que aquellos buitres tienen que estar allí. Va a haber jaleo del gordo y no quiero que en ese jaleo revientes tú, ¿entendido?

—No, Carter, no está entendido.

Los dos se miraron a los ojos, casi desafiándose. Carter admiró la valentía, la integridad de aquella muchacha, pero al mismo tiempo siguió dándose cuenta de que no podía admitir aquel riesgo. Mientras la apartaba suavemente, dijo:

—Está decidido. Quédate aquí.

—¿De veras piensas que...?

—No hablemos más, por favor. Cada minuto cuenta. Lo único que voy a necesitar será una bata de médico. ¿Dónde están los vestuarios?

—Allí.

—¿Hay ropa limpia?

—Toda la que quieras. Pero date prisa, porque si entra alguien mientras tanto, todo estará perdido.

Carter siguió sus indicaciones y se encontró en una habitación cuadrada llena de armarios metálicos pintados de blanco. Abrió dos de ellos hasta encontrar una bata adecuada a su medida. Se la vistió e hizo una seña a la muchacha para que se alejara de allí.

Luego avanzó tranquilamente por el centro del corredor, con las manos en los bolsillos, sin ocultarse para nada. Sabía que su defensa estaba en la propia desenvoltura con que actuase, aunque sentía una dura opresión en el pecho, al darse cuenta de que en cualquier momento podía tropezarse con un médico titular, en cuyo caso éste notaría en seguida que era un falsario.

La suerte siguió acompañándole. No encontró a nadie. Salió del pabellón y se enfrentó a las sombras de la noche.

Todo estaba quieto y tranquilo. A lo lejos brillaban las luces casi apacibles del caserón de piedra.

Carter avanzó por el césped. Sabía que su bata blanca le hacía muy visible en la oscuridad, y por eso decidió quitársela cuando llegara a una zona de arbustos que le ocultarían parcialmente. Así lo hizo y dejó la bata escondida, para seguir unos instantes más tarde confundido entre las sombras.

Sus ojos estaban obsesionados con el caserón de piedra.

Allí estaba el enigma, allí estaba todo lo que tenía que saber. Ni por un momento imaginó que dejara atrás ningún enemigo.

Y, sin embargo, debió haberlo adivinado.

Debió haber notado aquella risita helada, siniestra, aquella carcajada lenta y diabólica que flotaba en el aire.

Justamente en el pabellón del que acababa de salir. A su espalda...

Los pasos llegaron hasta la puerta. Eran unos pasos femeninos, porque se captaba el taconeo, al apoyarse el zapato en el suelo. Se detuvieron unos instantes y luego se oyó un levísimo chirrido.

La puerta fue empujada. Por el resquicio que había quedado libre, unos ojos quietos y fijos, casi hipnóticos, contemplaron el interior.

La enfermera de guardia en el sector, se había dormido mirando la televisión. Un practicante y un médico jugaban al ajedrez un poco más allá, en aquella noche tan plácida. La calma era absoluta.

La puerta se cerró de nuevo. La risita volvió a sonar otra vez, pero ahora tan queda, que no se hubiese oído a media yarda.

La mujer llegó a la mampara del cuarto de duchas.

La hizo correr, con un levísimo chirrido.

Y otra vez se oyó aquella risita lenta, exasperante, áspera...

El médico amordazado y sujeto a uno de los brazos de la ducha empezaba a recobrar el conocimiento. De una forma confusa, abrió los ojos y paseó la mirada en torno suyo. Al notar que alguien se acercaba, hubo en su mirada una expresión de alivio, porque adivinó que iban a sacarle de allí.

Y de pronto vio la figura femenina.

Aquella cara.

Aquellos ojos...

Movió la cabeza desesperadamente, queriendo lanzar un chillido de horror, pero la mordaza impidió que de su garganta escapara el menor sonido. Todo su cuerpo se contorsionó mientras intentaba escapar, mientras pretendía lanzarse hacia una fuga loca, alucinante, inútil...

La risita volvió a sonar.

Una mano movió la espita del agua hirviendo.

Y el chorro alucinante, atroz, cayó sobre la figura del hombre. El martirio inhumano hizo que éste brincara, que se contorsionara, que estuviera a punto de arrancar la tubería a que se hallaba sujeto, debido a la atroz violencia del dolor. La mano dio todavía más fuerza al chorro de agua hirviendo.

El vapor se extendió.

Los ojos alucinados de la víctima se salían de las órbitas. Su piel

abrasaba. El cuerpo había formado un arco espantoso que no recordaba a ninguna figura humana.

La navaja barbera brilló, entonces, en el aire.

Un corte. Dos.

Fue casi una liberación.

El chorro alucinante de la sangre se mezcló con el chorro torturador del agua.

CAPÍTULO XIV

Billy *Cara Quemada* salió de la habitación en que estaba recluido y avanzó a lo largo del pasillo, en el siniestro caserón de piedra. No sabía bien lo que le ocurría, pero estaba perdiendo los nervios allí, y eso hacía que se maldijera a sí mismo a cada paso que daba.

Había allí algo que obsesionaba, y no sabía lo que era. Quizá se trataba de la penumbra, quizá del aire mismo que se respiraba en la casona. Tal vez del silencio que les envolvía casi siempre o de aquellos chirridos que se oían a veces en las puertas. Pero lo cierto era que casi se arrepentía de haberse metido allí y estaba deseando con todas sus fuerzas que pasase el tiempo para poder salir con ciertas garantías. Claro que, por otra parte, necesitaba que el tiempo no pasara tan aprisa. Le convenía disponer de un cierto margen para acabar con Rayan.

No iba a ser tan tonto como para repartir.

Si Mulford había caído, también caería el otro.

Fue al despacho de Mabel Kutzman y entró sin llamar. Billy tuvo un gesto de sorpresa al no encontrarla allí, pues le habían asegurado que nunca se movía de la casa.

Claro que podía estar en cualquier otra sección, e incluso en alguno de los cuartos de baño. Billy penetró en aquel recinto y miró las docenas de fichas, los expedientes, las historias clínicas donde se decidía el destino de tantos seres humanos. Con un gesto de hastío arrojó varios de ellos al suelo, porque no era eso lo que le interesaba.

El quería ver a la doctora Kutzman.

Quería estar seguro de que no iban a producirse interferencias ni descuidos en los pabellones que trabajaban normalmente.

—¡Eh...! —masculló—. ¡Doctora Kutzman! ¿Dónde está, doctora Kutzman?

De pronto se volvió.

Los ojos espantosamente quietos estaban allí.

Unos ojos preciosos y sin embargo, helados.

En su fondo parecía palpitar el Más Allá.

—¡Ah, hola...! —farfulló—. Doctora..., ¿de dónde ha salido?

—He estado todo el rato detrás de usted.

—Pues..., pues debe andar como los fantasmas, porque..., porque no la he visto.

La voz fría y cortante, dijo:

—¿Qué quiere? ¿A qué ha venido aquí?

—Quiero asegurarme de que no se cometerán imprudencias. El hecho de que los otros pabellones funcionen normalmente, me asusta.

—¿Y por qué? ¿Qué piensa? ¿Qué voy a traicionarle?

—Usted lo lamentaría mucho tiempo si lo hiciera. Mejor dicho, lo lamentaría sólo durante dos minutos, porque ése es todo el tiempo que iba a vivir.

—No se preocupe, no ocurrirá nada. Yo soy la primera interesada en que esto termine pronto y sin violencias. Y ahora váyase de aquí. Váyase... Usted y yo hemos hecho un trato, pero no trate de ir más allá. No quiero verle en este despacho, ¿entiende? Tengo trabajo... ¡Váyase!

Billy *Cara Quemada* retrocedió, poco a poco. Con gusto hubiera abofeteado a aquella preciosa mujer porque su sangre violenta se lo pedía, pero comprendió que eso sería imprudente ahora. Con voz opaca, cuando ya estaba en la puerta, dijo:

—Mi compañero Mulford ha desaparecido.

—¿Qué dice? Se habrá largado sin decírselo. No todo el mundo puede resistir demasiado tiempo aquí.

—No, no se ha largado. Tiene que estar aquí.

—Pues no es asunto mío. Si está aquí, búsquelo.

Los dientes de Billy chirriaron levemente.

—Oiga, doctora —musitó—, ¿qué pasaría si alguno de los locos hubiese entrado por aquí y se hubiera dedícalo a... a matar? Me estoy refiriendo a Palisade, por ejemplo. O a esa hiena que desapareció y nadie ha encontrado. A esa tal Greta Wolsen.

—No diga tonterías. Palisade está encerrado en una habitación de seguridad. En cuanto a Greta Wolsen, desconocemos su

paradero, lo cual me preocupa de verdad, porque es extremadamente peligrosa. Pero sé que no puede estar en el caserón de piedra.

—¿Por qué?

—Bossen lo controla todo y hay aparatos de televisión en circuito cerrado que provocarían una alarma automática en caso necesario. No, esa loca no ha podido entrar.

Billy hizo un gesto afirmativo. En realidad, aquello le importaba poco, porque él sabía muy bien quién había matado a Mulford y quién pensaba matar a Rayan. Lo que pasaba era que necesitaba cubrirse en caso necesario. Mientras estuviera allí no sabía lo que podía pasar, y, de momento, era preciso que no le culparan a él si se descubría algo del cadáver de Mulford.

Salió de allí.

Sus ojos turbios vieron el pasillo lleno de tinieblas.

Las puertas que parecían moverse.

Las luces espectrales.

Y entonces oyó de nuevo aquella risita suave, enervante, diabólica. Oyó aquella risita que sonaba a su espalda, que sonaba detrás de él, delante, que llegaba desde todas partes, que flotaba en el aire... La risa que parecía surgida de la garganta del diablo.

Billy *Cara Quemada* sintió quizá por primera vez un miedo visceral, absoluto. Sintió algo que se parecía al ramalazo del horror.

Poco a poco volvió a su habitación mientras le envolvían las sombras.

Rayan descubrió el último sótano. Explorando todo aquello, queriendo conocer los secretos del sitio en que se había metido, avanzó entre las luces amarillentas y entre las columnas rodeadas de penumbra. Sus oídos que se habían ido acostumbrando al silencio captaban todos los roces, todos los cambios, como si de pronto a su cerebro le hubieran puesto antenas de radar. Aquella hipersensibilidad, aquel darse cuenta de cosas que antes no había visto, le producían una especie de vértigo.

Porque se daba cuenta de que aquello era inmenso.

Y misterioso.

El sótano daba la sensación de ser un lugar donde los seres humanos no habían entrado nunca, donde sólo habían entrado los

fantasmas.

Siguió moviéndose.

Y, de pronto, le pareció oír un «tlac» detrás de una columna.

Se volvió con la rapidez del rayo.

Tenía la sensación de que no estaba solo.

De que no estaba solo...

Sus ojos desenchajados miraron a todas partes.

Pero nada.

Un polvo que parecía de siglos flotaba en el aire. Nada se movía.

Rayan sintió que unas gotitas de sudor resbalaban por su frente.

El silencio había vuelto a hacerse angustioso.

Tan denso, que parecía poder cortarse.

Los ojos de Rayan descubrieron entonces la vieja «nevera», el armario semejante a los de la Morgue y que servía para conservar los cadáveres. Pero no debía funcionar bien, quizá por demasiado vieja, y un denso olor empezaba a desprenderse de alguno de los cajones. Rayan avanzó, mientras arrugaba la nariz, notando que sus músculos se tensaban como si de pronto intuyera otra vez el peligro.

Y entonces notó el tamborileo.

Sí, era en una de las columnas.

Un tamborileo *con ritmo*.

No era casualidad.

Lo producía un ser humano.

Alguien estaba allí...

Mientras las gotas de sudor resbalaban, ya incontenibles, hacia los labios de Rayan, éste masculló:

—Pero ¿quién diablos está ahí? ¿Quién?

Silencio.

Y luego otra vez el tamborileo.

Lejos.

Cerca.

En todas partes...

Los oídos de Rayan, acostumbrados al silencio, captaron aquello a la perfección, como si fuera un estruendo. Y se dio cuenta de que el ritmo le recordaba algo. En sus largos días de espera cuando tenía que esconderse después de un delito, había escuchado muchos discos, muchos *cassettes*. Y esta música la recordaba, claro que sí.

Resultaba algo muy rudimentario, pero la recordaba. Era la *Pastoral*, de Beethoven.

¿Quién la... la hacía sonar allí?

¿Quién infiernos se entretenía con eso?

Rayan se volvió otra vez.

Porque el tamborileo había dejado de sonar.

Otra cosa obsesionaba ahora al forajido, y era el olor denso y desagradable que empezaba a desprenderse de uno de los cajones. Aquel viejo frigorífico no helaba bien y uno de los cadáveres guardados allí empezaba a descomponerse. Pero ¿un cadáver *guardado allí*? ¿Por qué?

Abrió el cajón de pronto.

Y lo vio.

El horror saltó a su cara.

La muerte.

Lo que hay detrás de la muerte...

El cuerpo de la mujer, descompuesto en parte, ya empezaba a producir angustia y náuseas, pero no fue eso lo que horrorizó a Rayan. No fue eso lo que le hizo lanzar un grito sordo.

Fueron las iniciales de sus ropas.

Fue eso lo que se lo descubrió todo, lo que le habló de un mundo de pesadilla, lo que le descubrió LA SINIESTRA VERDAD.

¡La Verdad que tenía a su espalda!

¡La Verdad que saltaba hacia él!

Rayan intentó volverse.

No pudo.

El golpe se abatió sobre su nuca mientras oía aquella risita larga, espesa, alucinante. Aquella risita que parecía llegar desde las brumas del Más Allá.

Su cuerpo cayó sin sentido en el cajón donde estaba la muerta. Se desplomó en él. Unas manos lo cerraran entonces y lo aseguraron por fuera.

Nadie podría salir de allí. Por supuesto que no saldría la muerta..., ni el vivo cuando recobrara el conocimiento.

Una de las agonías más espantosas que han inventado los seres humanos estaba destinada para Rayan. Pronto lo sabría.

La risita alucinante se volvió a oír. Y una sombra se deslizó entonces entre las columnas centenarias.

CAPÍTULO XV

Carter se volvió bruscamente de espaldas mientras todos sus músculos se tensaban.

Le pareció que, de pronto, una figura blanca se desplomaba sobre él, viniendo desde las tinieblas de la noche. Fue a disparar su puño derecho. Ahogó una maldición.

Porque, de pronto, aquella figura blanca chocó contra él.

Pero no representaba ningún peligro. Era, por el contrario, una cosa tierna, suave, palpitante.

Carter encontró entre sus brazos a Lorena Place sin haberse podido dar aún cuenta exacta de lo que ocurría.

—Pero ¿estás loca? —balbució—. ¿No te das cuenta de lo que estás haciendo?

—Puede que esté loca —dijo la falsa enfermera—, pero éste es un buen sitio para estarlo, ¿no?

—Vienes con la bata blanca. ¡Te verán desde todas partes!

—No te preocupes. Me la puedo quitar.

Y se la quitó. No llevaba gran cosa debajo. Carter, que la había visto yaciendo en el callejón cuando fingió cometer su delito, hizo una mueca porque le pareció más bonita que nunca. Pero lo único que no se le podía recomendar en aquel momento era que prestase atención a las mujeres bonitas.

—No debiste haberme seguido —musitó—. Has abandonado tu puesto.

—No importa; no lo notarán.

Carter comprendió que era inútil discutir, porque la muchacha estaba dispuesta a ayudarle y lo haría de todas formas, aunque la ayuda, en aquel caso, fuese una imprudencia. Le hizo una seña y siguieron avanzando los dos.

Ahora la casa de piedra estaba muy cerca.

Veían su mole enorme destacando en las sombras.

Los dos se acercaron a la puerta por uno de los lados. Carter se asomó y no vio a nadie. No estaban ni Bossen ni ninguno de los guardaespaldas. Daba la sensación de que aquel enorme recinto había estado siempre vacío.

Lorena bisbiseó:

—No puedes arriesgarte.

—Debo hacerlo. Tienen que estar ahí.

—Pero ¿dónde?

—No tengo más remedio que registrarlo todo.

—Pero es que esto tiene algo que hiela la sangre. Carter. No sabría explicarte lo que es. *Pero tengo miedo...*

Carter lo comprendía muy bien.

Era cierto. No sabía lo que era, pero aquello helaba la sangre.

Puso un pie en el umbral.

Y entonces la mano vino hacia él.

La mano armada con un hacha.

Sólo su instinto de luchador salvó a Carter, sólo su entrenamiento en los peores barrios de Nueva York, donde uno lo aprende todo sobre la lucha cuerpo a cuerpo. Logró esquivar el hachazo, vio cómo la lengua de metal se hundía en una de las puertas y miró delante suyo como un alucinado, clavando los ojos en el que le había enviado la muerte.

Lo reconoció.

Era uno de los enfermeros que vigilaban aquello. Uno de los dos guardaespaldas que tenía Bossen.

Pero ¿por qué aquel método salvaje? ¿Por qué el hachazo? *¿Es que también estaba loco?*

El hombre le miró con ojos inyectados en sangre. Una especie de espuma surgía de su boca.

Había en él algo que no era normal, algo que a Carter le hizo intuir la verdad.

Pero no tuvo tiempo para pensar. El hacha se estaba poniendo en movimiento otra vez. Por lo visto, aquel tipo tenía orden estricta de que ningún extraño entrara allí para que no pudiera descubrir ningún secreto.

Y a los extraños se les eliminaba.

Era un sistema radical que de momento no entraba en la cabeza

de Carter.

Pero lo que sí estuvo a punto de entrar en su cabeza fue el borde del hacha. Sólo con una contorsión brutal, con una contorsión que hizo crujir todos sus huesos consiguió esquivar el próximo golpe. Oyó entonces un rugido de fiera acosada, un rugido que no parecía surgir de la garganta de un hombre.

Carter pasó entonces al ataque. No podía perder tiempo allí pensando, sino que tenía que reaccionar. Disparó su pierna derecha contra el bajo vientre de su enemigo.

Éste ni siquiera pudo gritar.

Quedó sin aliento.

El terrible golpe le había enviado algo parecido a una oleada de sangre al fondo del cerebro. No pudo ni moverse. Y estaba en aquella posición, con los ojos muy dilatados y la boca muy abierta, cuando Carter le envió un terrible golpe a la carótida. Era un golpe de comando, un impacto mortal, pero no podía perder el tiempo en contemplaciones ahora. Tenía que seguir adelante.

Su enemigo cayó al suelo como un fardo. Ya no se podría mover más hasta que lo metieran en un ataúd entre cuatro. Pero eso no le impresionó para nada, a pesar de que Lorena Place estuvo a punto de lanzar un grito de miedo.

Carter se limitó a decir:

—Vamos.

Los dos se movieron como fantasmas en el silencio del vestíbulo. Más allá vieron la puerta de un despacho que estaba entornada. En el despacho había luz.

Carter asomó la cabeza.

Y vio a Bossen, el administrador. De que era el auténtico administrador no le cabía la menor duda, porque antes de meterse allí, Carter se había procurado una ficha con su cara y su nombre. Por lo tanto, debía ser una persona de la que el teniente se podía fiar, aunque intentó que no le viese.

Pero Bossen le vio.

Uno de los circuitos cerrados de televisión le había delatado.

Y la reacción de Bossen fue muy extraña. No hizo el gesto del hombre que ha visto un ladrón o que teme alguna sorpresa. No se dirigió hacia el teléfono o algún sistema de alarma. Lo que hizo fue algo más expeditivo: intentar sacar el revólver que tenía en el cajón

central de su mesa.

Carter ya no le dejó tiempo.

Saltó sobre él.

Antes de que gritara, ya le había puesto una mano sobre la boca. Con la otra le golpeó dos veces en el cuello. Si no le rompió la tráquea fue por milagro, pero al menos lo dejó sin respiración.

Miró a la muchacha.

—Atalo, Lorena.

—¿Qué crees que... que está pasando aquí?

—No lo sé aún, pero ésta no es la conducta de unos empleados que vigilan simplemente una sección de un manicomio. Aquí hay algo más. En esta especie de torreón se oculta un secreto y ellos, a toda costa, no quieren que se sepa. Para ello están dispuestos incluso a matar.

La muchacha empezó a atar a Bossen. Mientras lo hacía, preguntó sin poderse contener:

—¿Quieres que llame a la Brigada de Homicidios?

—No, aún no.

—Pero ¿qué vamos a hacer tú y yo solos?

—Nosotros dos tenemos más probabilidades que la Brigada de Homicidios entera, Lorena. Vamos a seguir.

—Aun debe quedar uno de los vigilantes.

—Sí.

—¿Por dónde vamos?

—Al piso superior, al despacho de la doctora Kutzman.

Se deslizaron por las escaleras. Notaban el ruido de sus propios pasos como el rumor de alguien que les estuviera siguiendo. Alcanzaron la puerta entreabierta del despacho.

Estaba vacío.

Había fichas por el suelo.

Un pesado silencio flotaba en aquella atmósfera gris, casi irreal.

Carter fue a avanzar por el pasillo y, de pronto, el cuchillo vino hacia él. Salió como una exhalación por una de las puertas. Se transformó en un rayo de luz.

Fue como en esas películas donde suena un CHASK y aparece el brillo del acero. El cuchillo fue hacia su corazón con la fuerza de un rayo mientras se oía una especie de gruñido salvaje.

Pero ahora Carter ya estaba preparado, con todos los nervios

tensos, y no se dejó sorprender. Sus dedos de hierro sujetaron la mano que empuñaba aquel cuchillo. Tiró de ella.

El cuerpo que salió detrás vestía una bata blanca, y encima de aquella bata blanca se veía una cara congestionada por el odio. Carter comprendió que era otro de los hombres encargados de custodiar aquello. El último.

Tampoco guardó ceremonias con él. Le hizo una llave de judo, lo derribó al suelo y le aplicó una presa al cuello con el pie derecho. También fue una presa de comando, una presa implacable y mortal.

Se oyó un siniestro chasquido.

El cuello de aquel hombre, que trataba de ir desesperadamente hacia arriba, cayó de pronto flácido, como una cosa muerta. Carter soltó la presa. Su cara, de pronto, se había cubierto de sudor.

Vio que la muchacha estaba junto a él.

Le miraba aterrada.

—Pero ¿en qué clase de infierno estamos? —preguntó ella—. ¿Dónde hemos entrado, Carter?

—No lo sé, pero de un modo u otro tenemos que seguir, muñeca. Y vamos a seguir hasta el final.

Dejó el cadáver en el pasillo y siguió avanzando. A lo lejos, más allá de una puerta que oscilaba, parecía haber una lucecilla tintineante que se apagaba y encendía.

CAPÍTULO XVI

Cuando el teniente empujó la puerta, sus ojos escrutaron el interior de aquella habitación donde no había nadie, pero donde evidentemente había dormido más de un hombre. Algo le dijo que acababa de entrar en el refugio de Billy y de su banda, en el sitio donde, además, estaba el botín.

Hizo una seña a la muchacha.

—Regístralo —dijo.

Una brusca excitación se apoderó de él.

Sabiendo que estaba en el buen camino, abandonó toda precaución. Lo revolvió todo en unos instantes aun a riesgo de hacer ruido. Por la ropa que había allí, por los cigarrillos, por diversos detalles se convenció de que, en efecto, había dado con el refugio de la banda. Y estuvo a punto de pegar un brinco cuando sus ojos dieron con el botín. Estaba allí, medio tapado por una pila de periódicos viejos. Carter se secó las gotitas de sudor que perlaban su frente.

—Lo hemos recuperado —musitó—, pero eso no es lo que más me importa. ¿Dónde están esos asesinos? ¿En qué rincón de este infierno se han metido?

La verdad era que no se captaba el menor rastro de ellos allí. Tampoco se oía ningún ruido. Carter hizo una seña a la muchacha.

—Vamos a salir —dijo.

En aquel momento se crisparon sus cuellos.

Sonaba el teléfono.

Carter vaciló antes de contestar. Sus músculos estaban tan tensos, que llegaban a dolerle. El timbre resonó una y otra vez en su cerebro como algo que le obsesionaba; que se hacía inaguantable.

La muchacha le indicó, al fin, con los ojos que lo tomara. El lo descolgó.

Una voz excitada dijo:

—Soy Jessica.

Carter necesitó cerrar un momento los ojos. El pensamiento le había atravesado como un rayo: «De modo que Jessica también está aquí...»

—¿Y qué? —preguntó con una voz que quería ser neutra.

Ella pudo haber notado la diferencia, pero estaba demasiado nerviosa y no la notó.

—Acaban de descubrir a un médico muerto —balbució—. Ha sido espantoso. Medio quemado... Es posible que llamen a la policía, de modo que debéis extremar las precauciones...

Y colgó.

Carter apretó los labios. Bueno, al menos la chica ya había caído. Cuando la Brigada llegase y empezaran a registrar aquello, no podría escapar.

—Estamos casi al completo —insistió, mirando a la muchacha—. Vamos.

Fueron a salir.

Y de pronto, oyeron aquella risita. Era una risita lenta, chirriante, lejana y cercana a la vez, una risita que surgía de todas partes, que llegaba del aire...

Una risita del Más Allá.

Algo que no parecía surgir del fondo de una garganta humana.

Lorena Place musitó:

—Dios mío...

Y la risita se repitió. Llegó hasta ellos como una amenaza de ultratumba, como si la muerte les llamara desde más allá del tiempo.

CAPÍTULO XVII

Lorena fue a chillar. Sus facciones habían palidecido tanto, que parecía al borde del ataque de nervios. Carter la detuvo con un gesto, mientras musitaba:

—Espera...

—¿Qué... qué puede ser eso, Carter?

—Una mujer, desde luego.

—Sí, pero ¿qué mujer?

—Una loca. Y una loca que esté aquí y que se mueva con libertad sólo puede ser... ¡Dios santo, no quiero ni pensarlo!

Lorena Place se apoyó en él. De pronto, pareció como si fuese a caer. Carter la sostuvo mientras sus ojos escrutaban las sombras.

La risita había cesado.

Ya no se oía nada allí.

Como si el torreón fuera una tumba.

Sujetando el envoltorio con el botín, Carter hizo una seña a la muchacha. Los dos descendieron en silencio. Contuvieron incluso la respiración al llegar a la planta baja.

Nada.

Como si jamás un ser humano hubiese entrado allí.

Carter vio una puerta que oscilaba.

—El sótano —musitó.

—¿Es que vamos a... a entrar ahí?

—Ahora no puedo dejarte sola. Sería peor si te quedaras aquí. Sígueme.

Los dos se deslizaron por las húmedas escaleras, los dos vieron las luces amarillas y las columnas centenarias. Captaron el silencio que les envolvía como una amenaza.

Lorena Place bisbiseó, de pronto:

—Ese olor...

—Ya lo he notado —dijo él—. Viene de...

—¡Mira!

Ella le había señalado aquella especie de frigorífico de la Morgue que ocupaba toda una pared y cuyos compresores ya apenas funcionaban. El denso y dulzón olor se desprendía de uno de los cajones. Con los nervios tensos, Carter tiró de él después de quitar el seguro desde fuera.

Y vio aquel horror.

El cuerpo medio descompuesto de la mujer.

Y encima el cuerpo de Rayan.

Rayan, que había muerto de... ¡de miedo!

Lorena se llevó las manos a la boca mientras contenía un grito, sintiendo que la dominaba el horror. Carter tuvo que tirar de ella hacia atrás.

Sus dedos temblaron un momento. Estuvo a punto de soltarla.

Porque algo le obsesionaba. Porque se dio cuenta de las iniciales que había en la ropa de aquella mujer. Porque se dio cuenta de que aquellas iniciales significaban que... ¡que la muerta era la propia doctora Kutzman!

—Pero, entonces, ¿quién..., quién...? —balbució.

Y de pronto, la luz se hizo en él.

De pronto, comprendió toda la magnitud de aquel horror.

Si la doctora Kutzman estaba muerta y la sustituía otra mujer, esa mujer tenía que ser... ¡tenía que ser la loca sanguinaria que había desaparecido! ¡Tenía que ser la propia Greta Wolsen!

Como un autómatas, sintiendo que sus dedos quemaban, Carter fue abriendo otros cajones del inmenso frigorífico. Y descubrió dos chicas más, pero las dos mostraban una indecible expresión de horror que perduraban aun después de la muerte. Y con otras señas bien expresas y bien delatorias: las dos parecían haber sido ultrajadas antes de morir.

Ahora estaba todo siniestramente claro.

Ahora entendía la actitud de Bossen y sus dos gorilas, que ocultaban la verdad y daban una apariencia de normalidad externa.

¡Greta Wolsen, fingiendo ser la directora, hacía venir a algunas enfermas jóvenes y luego éstas desaparecían! ¡Todos saciaban allí sus bajos instintos! ¡Greta Wolsen los de la sangre y los tres hombres los suyos, inconfesables! ¡Luego les bastaría ir quemando poco a poco aquellos cuerpos, cuando las circunstancias lo

permitiesen! ¡Y además, aquellos vampiros obraban sobre seguro! ¡Todo el mundo pensaría que aquellas pobres enfermas se habían fugado, y si alguna vez se descubrían algunos de los restos, la responsable sería Greta! ¡Jamás serían comprobados, entre los calcinados restos, los ultrajes a las víctimas! ¡A ellos no se les culparía de nada! ¡Siempre podrían decir que fingieron porque la loca les había amenazado con la muerte! ¡O que incluso no sabían que era ella, porque sólo recibían órdenes por teléfono!

Aquel mundo de horror se desveló, de pronto, ante los ojos de Carter.

Un mundo tenebroso.

Ante él desfilaban todas las sucias verdades. Se abrían todas las puertas del infierno.

La muchacha lo había comprendido también. Balbució:

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Avisar a la Brigada, pero sin darnos prisa. Creo que aquí todo el mundo va a acabar teniendo lo que merece.

—¿Qué quieres decir?

—Mira...

La señaló el fondo de la sala, en una zona donde la luz amarilla se transformaba en una luz de aquelarre. Alguien acababa de entrar. Ese alguien era un hombre que andaba cautelosamente. Parte de su cara estaba quemada.

Y tras él se deslizaba la figura espectral de una mujer.

Una mujer que parecía la doctora Kutzman.

Que podía haberlo sido.

Pero que no lo era...

Lorena Place musitó:

—Es Billy... Y ella tiene que ser... Tiene que ser...

—Debe buscar a su compañero, pero no nos ha visto —dijo Carter, con un hilo de voz—. Tampoco la ha visto a ella. No sabe que la tiene detrás...

Carter subió las escaleras en silencio. Cerró la puerta del sótano una vez estuvo fuera.

Y entonces se dirigió al teléfono. Pero sabía que lo inevitable ya no se podía evitar.

Desde las profundidades del sótano llegó la carcajada satánica. Era la risa diabólica de una mujer. Luego llegó un largo, un ululante

grito de muerte.

Carter dijo, sin mirar a ningún sitio:

—Cuánto lo siento... ¡El teléfono estaba tan lejos...!

Y marcó el número, sin darse demasiada prisa.

FIN

**YA ESTAN A LA VENTA
LAS OBRAS INEDITAS DE**

M. L. ESTEFANIA

el famoso autor del género
Oeste, que en calidad de

NOVEDAD EXCLUSIVA

publica

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

en sus colecciones

CENTAURIO y OESTE LEGENDARIO

APARICION SEMANAL. RESERVE SU EJEMPLAR

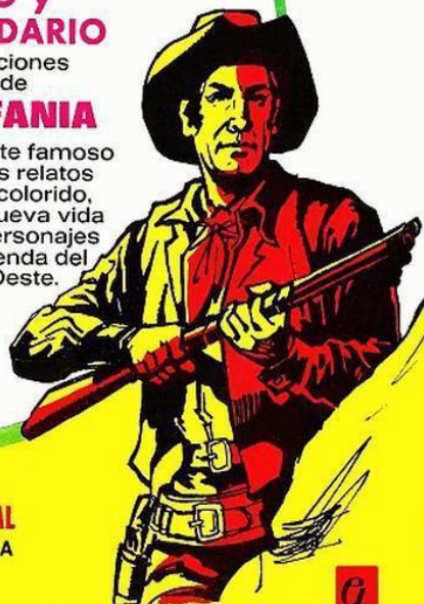
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

